

Ateneea

~ Revista Mensual
de Ciencias, Letras y
Bellas Artes ~ ~

PUBLICADA POR LA UNIVERSIDAD DE CONCEPCION



SUMARIO: Róbinson Hermansen: *El sociólogo francés Emilio Durkheim* □ Joaquín Cifuentes Sepúlveda: *El poema de la mujer agradecida* □ Marta Brunet: *María Rosa, flor del Quillen* □ Antonio Bórquez Solar: *Bizarrías de Antaño* □ S.: *En el centenario de Góngora* □ Hombres, ideas y libros: Marcelle Auclair: *Si le Grain ne meurt, de André Gide* □ Jean Pré-vost: *La quimioterapia en el Instituto Pasteur* □ Pro Educación Humanística □ Raúl Silva Castro: *Publicaciones mexicanas* □ Espectador: *Ecos de París* □ NOTICIARIO □ EX-LIBRIS □ GLOSARIO DE REVISTAS □ □ □ □ □ □ □ □ □

Universidad de Concepción. Chile

MCD 2018
Precio: \$ 3.00 ~ Mayo 31 de 1927

Atenea

Revista publicada por la Universidad de Concepción

COMISIÓN DIRECTORA:

Enrique Molina, Samuel Zenteno A., Luis D. Cruz Ocampo, Salvador Gálvez y Abraham Valenzuela C. (Secretario).
Eduardo Barrios, Representante General en Santiago

Editor y Agente General: CARLOS JORGE NASCIMENTO

AÑO IV

MAYO 31 DE 1927

NÚM. 3

Robinson Hermansen

El sociólogo francés Emilio Durkheim *

I

EL más merecido homenaje póstumo que pueda tributarse a la memoria de un pensador ilustre, es difundir sus ideas y dar a conocer sus obras.

Emilio Durkheim murió en París el 15 de Noviembre de 1917. Había nacido en el departamento de los Vosgos, ciudad de Epinal, el 15 de Abril de 1858. Ingresado a la Escuela Normal Superior en 1879, salió de ella, tres años más tarde, titulado profesor de filosofía. Fustel de Coulanges, a la sazón director de la Escuela, parece haber ejercido una acción preponderante en su formación intelectual. Sin duda del ilustre autor de *La Ciudad Antigua* aprendió el papel importante de la religión en la antigüedad y la relación estrecha de solidaridad que, con este motivo, unía a los miembros de un mismo grupo.

* Capítulo del libro *Problemas de Sociología*, en publicación.

Después de haber enseñado durante varios años la filosofía en diversos Liceos, se le encomendó una misión de estudio en Alemania. Ya, en esta época, las ciencias sociales atraían de preferencia su atención. En Alemania siguió los cursos de los profesores W. Wundt y G. Schmoller en Berlín. A su regreso a Francia en 1887 se le nombró profesor de la enseñanza superior en la Facultad de Letras de la Universidad de Burdeos. Se le creó especialmente un curso de ciencia social y de pedagogía, que tuvo, desde su comienzo, un éxito halagador.

En 1893 Durkheim se tituló doctor en letras en la Sorbona. La repercusión de sus publicaciones lo calificaron pronto como futuro profesor de la Universidad de París. Efectivamente, en 1902, fué nombrado en ella profesor de ciencia de la educación. Consecuente con su vocación científica, obtuvo permiso para dedicar parte de sus lecciones a la sociología, y más tarde la autoridad consagraba su cátedra, por decreto de 12 de Julio de 1913, con el título de *Ciencia de la educación y sociología*. Fué la primera cátedra que, en una Universidad francesa, haya tenido, al menos parcialmente, el nombre de sociología. El buen éxito que tuvo fué grande. Ejerció sobre los estudiantes, desde el primer momento, una influencia decisiva.

II

Durante nuestra permanencia en la Universidad de Roma, en la primera visita que hicimos al profesor Enrique Ferri, al manifestarle nuestra preferencia por los estudios sociológicos, él nos mostró un volumen de *L'Année Sociologique*, publicado bajo la dirección de Emilio Durkheim, y nos dijo: Usted debe conocer esta publicación.

En su propia clase de *Sociología Criminal*, Ferri se expresó así ese año, sobre las teorías de Durkheim:

«Dos son las grandes corrientes científicas de la sociología: la corriente objetivista, de la cual Durkheim es uno de los cultivadores más geniales, que considera los hechos sociales como

objetividad, como el físico considera las combinaciones y el zoólogo las manifestaciones de las varias especies de animales; y la corriente psicologista que considera, con predominio casi exclusivo, el lado psicológico de los fenómenos sociales. Si se toma en cuenta que los hechos sociales son hechos humanos y que en los hechos humanos el lado psicológico es insuprimible, los partidarios de esta segunda corriente parten del principio que el hecho está determinado por la idea y que lo que es objetivo no es sino una manifestación exterior de lo que es un estado interior. Creer que todo el mundo exterior es un reflejo y un equivalente de nuestros estados de conciencia, es un error. Con más exactitud Stuart Mill distinguía la verdad de razón de la verdad de hecho, llamando verdad de razón aquella que se siente dentro de nosotros mismos, y verdad de hecho aquella que se encuentra fuera de nosotros. Acaso ni uno ni otro método pueda ser exclusivamente adoptado, sino los dos conjuntamente. Es verdad que las ideas no son las causas primeras, sino que las ideas mismas son un producto de las condiciones exteriores; pero, por otra parte, es verdad que el lado psíquico se encuentra en todas las manifestaciones de la vida social. A la teoría hegeliana según la cual la idea crea la realidad, corresponde y se contrapone la teoría sostenida, sobre todo, por Carlos Marx, según la cual la realidad produce la idea. No es entonces la conciencia humana la que determina los hechos sociales, sino los hechos sociales los que determinan la conciencia humana. Las dos teorías deben integrarse, de la misma manera que el método inductivo y el método deductivo no pueden emplearse adoptando el uno y excluyendo el otro, sino coordinándolos conjuntamente en vista de la completa investigación de la verdad*.

Al dejar la Universidad de Roma para trasladarnos a París, Ferri tuvo todavía la amabilidad de ponernos en contacto inmediato con Durkheim, al hacernos depositario de un afectuoso saludo suyo para el profesor francés.

* Enrique Ferri. Lecciones de Sociología Criminal. Universidad de Roma, 1909.

III

Llegados a París nos matriculamos en varios cursos de la Sorbona, del Colegio de Francia y de la Universidad de París.

Durkheim dictaba en la Universidad un curso sobre las teorías educacionales de Juan Jacobo Rousseau. El anfiteatro estaba completo. Durkheim aparece. Alto, delgado. Cabeza pequeña y calva. Usa patilla recortada y bigotes. Viste un chaquet claro, rigurosamente abrochado. Se acerca al bufete y hace un movimiento nervioso para tomar la silla. Se sienta. Expone sobre la mesa el carnet de la lección. Lo desdobra. Lo afianza con ambas manos, mirando al público. Hay silencio en la sala.

Su voz es cortante y queda. Manifiesta en su físico y su voz, sequedad, dureza. Durante los sesenta minutos de la lección, el público está pendiente de su palabra. Es el trabajo intelectual, es la concentración espiritual de una multitud ávida de saber. Nunca el consorcio humano me ha parecido más grande que en estos momentos sublimes de atención. Hay en ellos un desprendimiento del ser hacia una finalidad superior. Cristo pronunciando el sermón de la montaña es Dios. Los hombres que lo escuchan son seres humanos que aspiran a la divina perfección.

La clase termina. El anfiteatro queda vacío, más que vacío de hombres, vacío del verbo, de la palabra del maestro. Se siente el vacío en torno nuestro, la pequeñez de nuestro ser y el santo estímulo de lo perfectible.

IV

Terminamos por adaptarnos a ese gran ambiente de cultura del Barrio Latino. Empieza también a aguijonearnos el deseo de dar satisfacción a la misión que recibimos en Roma para Durkheim. La oportunidad se nos presenta de averiguar su domicilio en la Librería Felix Alcan: Rue Saint-Jacques, 60, nos

escribe un empleado. Hora más oportuna para verlo: Hacia medio día.

Al día siguiente llamábamos a la puerta de la casa de Durkheim. Se nos conduce a un segundo piso, y después de un momento de espera en un pequeño vestíbulo, el propio Durkheim nos abre la puerta de su estudio. Amablemente nos saluda y nos invita a entrar.

...Conozco personalmente a Ferri, nos dice. Somos muy amigos. Siempre me ha sido una persona muy simpática. Hizo sus estudios aquí. Actualmente se ocupa mucho de política, y después, su profesión, los cursos de la Universidad, no le dejan tiempo para escribir. Yo también hace tiempo que no escribo. La publicación del *Año Sociológico*, que usted debe conocer, me absorbe todo el tiempo. Ahora hemos convenido con el editor publicar uno cada tres años. Así me quedará tiempo para escribir. Tengo un libro casi terminado; pero precisamente ahora me he visto obligado a suspenderlo para ocuparme del *Año Sociológico*.

Usted también debe saber que, conjuntamente al *Año Sociológico*, se publica una biblioteca. Oh! Ahora se cultiva mucho la sociología. Está de moda. Y está de moda porque responde a una necesidad del momento. Pero, naturalmente, como se trata de una ciencia nueva, se divaga mucho. Hay que tener mucho cuidado. Hay que estudiar los hechos que, no obstante los continuos roces, permanecen inalterables a través de las edades y que constituyen, por eso mismo, la verdadera trama de la vida. Yo, por mi parte, no leo ninguna revista. Voy a permitirle, sí, insinuarle la lectura de un artículo sobre derecho del *Bulletin de la Société Française de Philosophie*, año 1906, y de dos obras en inglés sobre religión, que serán para usted una verdadera revelación: Frazer, *Golden Bough*; Robertson Smith, *The Religion of the suntes*. Es esto lo que hay que estudiar para cultivar la verdadera sociología. Yo hace veinticinco años que lo hago. Empecé en Burdeos el primer curso. Actualmente se continúa en Burdeos el curso que yo creé, se hace en la Uni-

versidad de Lyon con el nombre de Filosofía Social y aquí en la Soborna.

...Hace veinte años no había casi extranjeros en la Soborna.

...Como usted acaba de decirlo, para estudiar la sociología hay que irse a las fuentes. Augusto Comte es, entre estas fuentes, la principal. Yo soy una derivación de Comte. Naturalmente que el estudio de la obra de Comte debe de ir acompañada con los estudios de los descubrimientos más recientes de la ciencia contemporánea y que en tiempo de Comte no se conocían casi, como la antropología.

...Spencer también. Usted sabe cómo hacía Spencer sus obras: los datos eran recogidos por sus secretarios y él los resumía. La lectura de las obras de Spencer fué para mí una decepción. La obra de Spencer no forma escuela.

En su país deben de empezar ya a preocuparse de estos estudios. La raza latina, en general, es más accesible al progreso de la ciencia que las otras razas. En ella los sentimientos han perdido más de su solidez como consecuencia de las conmociones sociales.

Dejamos aquella habitación, cuya vida y cuya ciencia estaban destinadas a irradiar como un diamante enorme sobre el mundo entero.

V

En 1893 Durkheim presentó a la Soborna su tesis latina al doctorado sobre la contribución de Montesquieu a la ciencia social. Su tesis en francés, de grandes dimensiones, trata *De la división del trabajo social*. En ella considera las sociedades no como organismos, sino como seres que tienen cada una su unidad y su vida. Entre ellas distingue las sociedades segmentarias, que son las más antiguas, y las sociedades en donde prevalece la división del trabajo. En las primeras existe, entre sus miembros, una solidaridad que él califica de mecánica. En las segundas, existe una solidaridad orgánica. Para comprender bien la naturaleza y la significación de estas formas de solidaridad, hay que estudiarlas

en el derecho que ellas inspiran. El progreso de la solidaridad orgánica, con relación a la solidaridad mecánica, se manifiesta por el desarrollo del derecho contractual, que se acompaña de una regresión del derecho represivo. Esta solidaridad orgánica aumenta con el volumen de la sociedad y con la densidad dinámica. Trae como consecuencia el progreso económico y sobre todo, mantiene la cohesión social. La constitución de las instituciones profesionales que en ellas se realiza, es pues, moralmente útil, y tal vez la agrupación profesional es la más segura base actual de la moralidad.

En 1897 publicó *Las reglas del método sociológico*, consagrado como el anterior, a los principios generales de la sociología. Caracteriza aquí muy bien el método por él aplicado. Según Durkheim existe una distinción radical entre lo individual y lo colectivo. Un hecho social no es simplemente general en el interior de una sociedad; el hecho social es exterior a las conciencias individuales, y ejerce sobre ellas una acción coercitiva. Aún más, es independiente de sus manifestaciones individuales. *Los hechos sociales deben ser tratados como cosas*, es decir, estudiados de fuera, sin ninguna parte de subjetividad. Lo patológico no se distingue de lo normal sino porque es accidental: así el crimen es un hecho normal en la sociedad, porque es en ella un hecho común.

Casi simultáneamente a la obra anterior, publicó su obra sobre *el suicidio*, destinada a dar las aplicaciones prácticas de su método. En ella critica vivamente las teorías sobre el suicidio de sus antecesores, quienes lo atribuían a la locura o al alcoholismo, a las causas cósmicas, a la herencia o a la imitación. Después da su propia teoría sobre el suicidio, que es específicamente sociológica. Distingue tres formas de suicidio: el egoísta, el altruista y el anómalo. La primera forma se origina en las corrientes sociales que inducen al individuo al aislamiento y que, desprendiéndolo del grupo, le preparan, en la primera ocasión, su separación completa por una muerte voluntaria. En la segunda forma, a la inversa, el individuo está fuertemente unido al grupo (salvajes, militares), y está siempre dispuesto a sacrifi-

car su vida en obediencia a las ideas que dominan en el grupo. En cuanto a la tercera forma, resulta de las crisis que engendran un desequilibrio en las civilizaciones contemporáneas. Reforzar en ellas el grupo profesional sería el mejor antídoto contra la tendencia al suicidio.

Prosiguiendo los estudios de sociología especial, Durkheim se dedicó en seguida al examen de diversos fenómenos de orden religioso, jurídico o morfológico. Se dedicó especialmente, durante años, al estudio de las sociedades australianas y condensó por fin sus investigaciones en un volumen intitulado *Las Formas Elementales de la Vida Religiosa, el Sistema Totemista en Australia* (1912).

La idea fundamental de esta obra es que la religión constituye esencialmente un hecho social, una organización de la existencia individual bajo la sugestión de las necesidades del grupo. El autor piensa encontrar la forma inicial de la religión en el totemismo, es decir, en el culto de los animales, a los cuales los salvajes atribuyen un parentesco con ellos mismos y que sirven de antepasados epónimos a sus grupos. Estudia este culto en las tribus indígenas de Australia y prueba su relación con la organización del clan y de la familia. Los trabajos de eminentes etnógrafos ingleses sirvieron de base a este estudio.

Es también a Durkheim a quien se debe la publicación del *Año Sociológico*. A semejanza de lo que se hace en las otras ciencias, física, química, biología, psicología, filosofía, Durkheim intentó, con la ayuda de colaboradores, dar anualmente una reseña del movimiento de las ideas en esta materia. El *Año Sociológico* empezó a aparecer en 1898. Con su publicación Emilio Durkheim aparece como jefe de escuela. Por la rigidez de su pensamiento canalizó e intensificó la corriente de estos estudios. Con su labor personal y la de sus alumnos, aumentó considerablemente el acervo sociológico. Separó la sociología del arte y de la práctica; reivindicó para ella el valor de los factores colectivos; llamó la atención hacia su objetividad. Hizo de la sociología no una simple obra literaria, sino una verdadera ciencia.

VI

Dotado de un vigoroso talento, de un extenso saber, de una gran precisión en la exteriorización de su pensamiento, Emilio Durkheim provocó una viva atención en los medios ilustrados sobre sus investigaciones en el dominio de la ciencia social.

Como hombre la dignidad de su carácter lo impuso al respeto de todos. Como sabio amó apasionadamente la ciencia y la justicia. Amó a su país. Su hijo Andrés Durkheim, acababa de salir de la Escuela Normal Superior, titulado como su padre, profesor de filosofía. Después de brillantes estrenos en la misma carrera que su padre, habría llegado a ser para éste el más querido y el más útil de sus colaboradores. El destino lo impidió. Movilizado como subteniente de infantería, pleno de animosidad y de coraje, fué herido en el frente francés; después, enviado al ejército del oriente y mortalmente herido en un combate contra los búlgaros. Con este triste motivo Emilio Durkheim consagró a la memoria de su hijo una emocionante y corta noticia en el *Anuario de la Asociación de los antiguos alumnos de la Escuela Normal de 1917*.

Pero el golpe había sido demasiado rudo para el corazón de un padre. De una salud siempre bastante precaria, Durkheim no se rehizo más. A pesar de todo hizo todavía valientemente su curso dos años más; pero sucumbió en su noble tarea, precisamente a la hora en que debía reabrir su clase con el buen éxito que tuvo siempre. Dejó formalmente prohibida toda pompa y todo discurso en sus exequias.

Durkheim, como todo grande hombre, pagó su tributo al dolor. Los genios siempre sufren porque encarnan una humanidad superior. Un ser que en medio de nuestro mundo no haya sufrido nunca, le oímos decir en una ocasión, sería simplemente un monstruo social. Él pagó doblemente su tributo al dolor como genio y como padre. Admiradores nosotros de su obra, nos asociamos cordialmente a esta otra faz paternal de su vida: «Es más dulce asociarse a los dolores de los grandes hombres

que a sus glorias: sus dolores no pertenecen sino a aquéllos que los aman, sus glorias pertenecen a todos*.

Emilio Durkheim abrió un hondo surco en la sociología. Es para nosotros el más gran filósofo que haya aparecido en el dominio de las ciencias sociales, después de Herbert Spencer y Augusto Comte. Alemania, Bélgica, Inglaterra, Italia, España, estudian sus obras. La posteridad habrá de consagrarlo como un grande hombre, cuyo genio universal ha ensanchado los límites de la conciencia humana.

* Epitafio sobre la tumba de Lamartine.

Joaquín Cifuentes Sepúlveda

El poema de la mujer agradecida

Del próximo volumen «La amada, mujer de treinta años».

CASA que a nadie había acogido era mi vida;
extraño, amigo ni primo hermano la halló franca.
Casa en el camino de San Clemente a la Argentina,
ahí donde el Maule forma collar a la montaña.

Vía de Mendoza, tú hacia la cordillera,
en medio de la caravana, lleno de polvo.
Yo aguardándote, sola, ahí en la carretera,
en mis manos un vaso colmado de regocijo.
Ante nosotros la barranca, el río y mi casa
entre durazneros. Luego mi dicha y tus palabras:
«Sin saber que existías mi amor vino a buscarte,
viajera de treinta años, alborozada aurora,
si hoy no hubiese encontrado tu huella en estos campos
yo te habría creado tal como eres ahora:
rubia y fina,
vino de alegría y entusiasmo, casa amiga
en el camino de San Clemente a la Argentina».

Sabor y color de la escondida flor serrana,
la que adorna el pecho de las dulces montañas
el día de sus bodas. Flor ávida y amorosa,
tu boca en mi boca como el cordero en la fuente.

Limpia alegría de las copas colmadas,
tu alma pródiga,
tu alma pródiga,
oh! infiel querido,
músico de mis lucientes cristales.

Mi ávida batería de copas
aún hoy, como intocada, responde a tus insinuaciones
con inusitado júbilo.
Ahora tu mano golpea su rameado dedal
contra la roja copa que es mi boca.

Realizada esperanza de treinta años
mi satisfecha vida os da las gracias:
Gracias, hombre, porque supisteis encontrarme,
diferenciarme y escogerme.

Gracias, hombre, porque supisteis despertarme,
estremecerme y encenderme.

Gracias, hombre, porque supisteis desearme,
y poseerme y secundarme.

Gracias, hombre, porque supisteis provocarme
y satisfacerme.

Marta Brunet

María Rosa, flor del Quillen

(Conclusión)

Un airecillo suave hacía de todos los olores de la montaña un solo perfume, único por lo intenso. No se olía solamente aquel perfume: se gustaba al pasar el aire por la boca camino de los pulmones, dejando sabor a menta, a poleo, a resina; se veía cuando las hojas se inclinaban como para mejor echar su aliento exquisito; se sentía cuando los dedos del viento dejaban en la cara la frescura de su caricia; se oía en el rumor insistente y secretero de la montaña.

Con breves cantos de llamada los pájaros buscaban sus cobijas. Una lechuza voló silenciosamente hasta una rama alta, se aferró sólida, torció la cabeza y con los ojos fijos en el horizonte quedóse de atalaya hasta que se hizo noche. Entonces ululó sus agorerías y se fué ahuyentada por la lluvia de piedras que los chiquillos echaban sobre ella.

—¿Onde andará Saladino? ¿Lo ha visto usted, Zoilita? —preguntó María Rosa a una mujer que como ella, junto al fuego, preparaba la comida.

Sentía la imperiosa necesidad de hablar, de sentirse acompañada. Antes, en su aislamiento voluntario, era feliz; ahora la soledad en que la dejaban la hería como un insulto.

La mujercita—era buena y vivía además lejos de todo comentario—contestó modosamente:

—Se jué con los otros a buscar piñones.

—¿Le queó a usté algo di'agua?

—Naíta, l'eché toa en l'olla.

—Válgame Dios... ¿A quién mandara a buscar?

—Aquí estoy yo pa servirla —dijo Pancho Ocares adelantándose con una decisión que enfureció a María Rosa. —¿En qué le traigo l'agua? ¿En el tarro?

—No preciso sus servicios. Gracias —contestó muy seca, mirándolo a los ojos con un reto que fué un acicate más para el capricho del mozo.

—No sea mala... —y acercándose, con ademán lento y firme le quitó el tarro de las manos. —Éjeme servirla... es l'único que quero en el mundo... es usté...

Aturdida por la audacia, temerosa de que Zoila se hubiera dado cuenta del juego de palabras, avergonzada porque un grupo de mujeres miraba desde lejos la escena, cambiando entre ellas risas y cuchicheos, María Rosa soltó el tarro e inclinó la cabeza, buscando ocultar la cara que le ardía el rubor.

Pancho la miró un instante gozando su triunfo, luego dió una mirada en torno para constatar qué efecto hacía ese triunfo en los espectadores y sonriendo satisfecho, se fué a buscar agua a un manantial que brotaba allá, entre unas piedras, bajando un poco de camino.

De pie junto a la fogata, desconcertada, con vagos deseos de llorar, sin saber qué hacer, María Rosa miraba sin verlo el bailoteo de las llamas. ¿Qué haría? ¿Avisar a Saladino? ¿Provocar un incidente que sería un escándalo?

—Lo mejor es hacerse la lesa y aguantar — se dijo mentalmente, recobrando un tanto el aplomo.

Afanosa se dió a pelar papas y cebollas, a deshojar choclos, a picar repollo, preparando los ingredientes del puchero que sería su comida. Fué a la carreta a buscar sal, volvió a ir por una cuchara.

—¿Va'amasar usté? —preguntó Zoila.

—Traje pan pa hoy, Mañana haré tortillas e rescoldo.

—Yo me veo tan alcanzá e tiempo... —para Zoila era un

sedante narrar sus tristezas—. Los chiquillos no m'ejan parar cosa... Entoavía no saco el pan de l'horno cuando ya se lo comen. Son como güitres, y son tantos y tan condenaos... Mire, aguaité como están que se matan comiendo piñones crúos, después son las lipidias y los empachos... ¡Ay, Señorcito! ¡Dame paciencia!

Se la veía deshecha por el trabajo, extenuada por los hijos, deformado el cuerpo por otra próxima maternidad, marchita la cara por una vejez prematura. Vestida pobremente, era un montón de harapos bajo los cuales los músculos relajados sólo pedían descanso. Descanso de hambres, de fatigas, de miserias, de embarazos, de sufrimientos.

—¿Quére que l'ayude en algo? —preguntó María Rosa.

—¡Dios se lo pague!— y emocionada por la atención la miró con ojazos húmedos, de bestia agradecida. —¿Quére ayudarme a pelar papas? Les voy hacer charquicán.

—Yo le voy a traer un piacito e charqui pa que l'eche. No será mucho, pero siempre agarra gusto.

—¡Dios se lo pague!— volvió a decir agradecida, mas de pronto, amargada, recónditamente envidiosa, agregó: —usté puee darse esos gustos... usté no tiene chiquillos...

—¡Y es too lo que quisiera! Usté no se imagina lo triste qu'es no tener guagua.

—Es que usté no sabe... por lo mesmo que no las ha tenío. Los hijos acaban con too y hacen sufrir tanto!... A veces cuando ya está uno criaio izás! de repentito, en un decir Jesús, va y se muere, y una casi se vuelve loca e pena. Hay veces que me desespero tanto con ellos que me dan ganas de tirarme al suelo en un rincón y ejarme morir...

—No iga eso, que Dios la puee castigar. ¿Qué harían esos pobrecitos sin madre?

—Puee que se murieran toos y al fin sería lo mejor pa ellos. La vía del pobre es tan perra ¡puál! —hablaba con una desesperación tan honda, tan arraigada en lo inconsciente, que no era ella quien pronunciaba esas palabras, sino toda la serie de

antepasados oscuros que saborearan el pan agrio de la pobreza.

—Está mala de la cabeza usté, hoy—le reprochó María Rosa, con dulce voz persuasiva que pareció volverla a la realidad.

—Son estos mocosos—dijo, haciendo un gesto vago. —A veces los quiero a morir y otras veces los molería a palos. No s'entiende una...

Volvió Pancho Ocares.

—Aquí está l'agua. ¿Qué más se li'ofrece? —preguntó solícito, buscando los ojos de María Rosa que huían los suyos.

—Na, gracias.

Sin mirarlo, cogió el tarro, echó agua en una fuentecilla para lavar las verduras, y como si el mozo no existiera continuó preparando la comida al par que ayudaba a Zoila a preparar la suya, charlando con ella, aferrada la atención a cuanta tristeza le contaba, con la esperanza de distraer el pensamiento de la presencia turbadora y punzante de Pancho Ocares.

* * *

Luego de comer, hombres y mujeres formaron un círculo, sentados los más en el suelo y sólo unos pocos en pisos y mantas. Mientras pasaba la pereza de la digestión se distraían contando cuentos en espera de que cantara María Rosa, y era claro que el canto traería baile.

Algunos chiquillos dormían acurrucados en un choapino. Otros rodeaban muy despabilados el tarro donde cocieran los piñones, y ya ahitos, mordían la envoltura café rojizo, jugando a quién, apretando la vaina, hacía saltar más lejos el piñón.

Las cinco carretas se esparcían por el claro con el pértigo en el suelo y la sombra junto en un remedo grotesco.

La fogata apagada era un montón de carbones con una que otra manchita roja, ténue por la ceniza.

Los perros dormitaban cerca del rescoldo, menos uno que mezclado con los niños dormía con ellos fraternalmente, sirviendo de almohada a la cabeza oscura del más pequeñín.

Se sentía ramonear los bueyes entre los árboles. Un ave nocturna solía pasar aleteando recio y las corhuilas daban al silencio sus dos notas únicas, repetidas obstinadamente.

Alta la luna en el cielo muy azul, su luz blanca apagaba las estrellas, poblando el paisaje de fantasmagorías alucinantes.

En el corro don Saladino llevaba la voz. Decía a Pancho Ocares:

—Es malo reirse d'esas cosas...

—No me río, pero es que hallo muy divertido que al pasar frente a una pieira en el camino pa Lonquimay, l'ejen alguna cosa pa tener güen viaje. Se ehí hubieran matao alguno.

—Entonces se l'ejarían velas—dijo el mayordomo.

—Y si no hay finao ¿a quién l'ejan cosas?

—Yo no se na... Es una costumbre e los indios qui habimos agarrao nosotros los d'estos laos. No sé si hay ánima o qué hay, pero el cuento es que si uno pasa sin ejarle algo a la pieira, una esgracia le llega lueguito—explicó don Saladino sentenciosamente.

—Se l'eya cualesquier cosa—agregó el mayordomo—un cigarro, un palo e fósforo...

—La pieira es pitaora entonces—dijo Pancho con burla.

—No eche la cosa a risa—aconsejó don Saladino muy serio.

—No le vaiga a pasar lo mesmo qui a Peiro Faez.

—¿Qué le pasó a Peiro Faez?—había siempre burla en la voz del mozo.

—¿Peiro Faez?—preguntó Clementina abriendo mucho los ojos en un pueril gesto de espanto.—¿El que se reía del pino hilachento?

—¿El pino hilachento? ¿Qu'es eso?—preguntó casi simultáneamente Pancho Ocares.

—Es un pino qu'está en el cajón del Llaima y al que tamién se l'eya cualesquier cosa, una hilacha que sea.

—Por eso lo mientan así—completó el mayordomo.

—¿Y qué le pasó a Peiro Faez?

—Le pasó, le pasó... Güeno, les contaré toa l'istoria—un momento don Saladino se concentró coordinando sus recuerdos,

luego, con grandes pausas en que esperaba que la lengua se le desenredara, fué diciendo lentamente:—Eramos tres los que arreábamos piño desde l'Argentina, un gaucho que se llamaba Peiro Faez, Tránsito Hernández qu'era de Chile Chico y un servidor de ustedes. Al gaucho lo conocimos al otro lao y lueguito nos gustó por su hombría, su güen genio y lo simpático qu'era. La familia la tenía en el Neuquén, en Catan-Lil, l'hacienda e don Arze, ese caballero argentino que toos queríamos tanto. Tenía madre, mujer y un chiquillo chico que ya gateaba; a los tres los quería a morir y siempre los andaba mentando pa contar cosas de la mujer, dichos de la veterana y gracias del güeñicito.

A naiden he oío cantar con más sentimiento. Sabía unos tristes que daban ganas e llorar oyéndolos y unos pericones alegres como diachos y unos tangos compadritos más picantes qu'el ají. Nos tenía tan entreníos que no sentíamos pasar las horas.

Cuando llegamos a la cumbre nosotros empezamos hablar del pino hilachento. Peiro Faez se reía a morir y nos llamaba «sonsos» porque creíamos en esas cosas.

Entre broma y broma llegamos al pino hilachento qu'estaba lleno, pero lleno d'hilachas, de cigarros, de fósforos, de plata argentina, de plata chilena... hasta un pañuelo e narices tenía.

Es un pino d'estos que dan piñones, viejo y grandazo como no ehí visto otro. Es muy raro, no sé lo que parece. Tiene el tronco pelao y arriba las ramas como brazos. Parece talmente uno d'esos candeleros que hay en las iglesias con muchas velas.

En fin: el cuento jué que yo le puse una chaucha, que Tránsito Hernández le puso un cordón e zapato y que Peiro Faez no quiso ponerle na.

Por primera vez casi nos peliamos, porque quería barrer con toa la plata que tenía el pino pa comprarle con ella juguetes a su mocoso. Nos costó convencerlo:—Si tal hacís te va a pasar algo grande—l'hiciamos y él se reía, y nos golvía a llamar «sonsos» con su moo tan simpático.

Poquito más acá encontramos al patrón que nos estaba esperando y Peiro Faez se volvió pa su tierra, con gran sentimiento e nosotros qui habíamos aprendío a quererlo. El hombre tamién nos quería. Se despidió con bromas de que l'iba a sacar toa la plata al pino... y se jué, riéndose siempre y llamándonos fantasiosos.

¡Y no supimos más d'él!

Hasta qu'en l'otra primavera llegaron unos qu'eran del Neuquén y tomando noticias de los amigos d'esas tierras les preguntamos por Peiro Faez.

Resulta que cuando Peiro llegó al Neuquén s'encontró con su mujer muy enferma, tan enferma que al poquito e tiempo después murió. Peiro queó como atontao con la pena, se lo pasaba cavilando sentao en un piso, sin querer trabajar, sin hablar palabra. Apenitas hacía una semana que había enterrao a la finá cuando se cotipó el mocoso, le vino fiebre mala y tamién se murió.

Entonces Peiro se puso bien malo e la cabeza. Se lo pasaba hablando solo, iciendo que por su culpa se habían muerto la mujer y el niño, que toas esas esgracias eran venganzas del pino hilachento porque le había robao la plata y que tenía qu'ir a devolvérsela pa que no fuera a morir la veterana.

Hasta que un día aperó la bestia, llamó al perro y las echó pa Chile sin atender razones e naiden.

Na más se supo d'él, porque el invierno ya estaba encima y lueguito se cerró la cordillera.

La primera arriá que pasó en Setiembre s'encontró un esqueleto colgao del pino, la bestia y el perro estaban en el suelo y eran tamién puros güesos. Por la montura y una libreta qui hallaron se supo que Peiro Faez era el ahorcao.

Unos creyeron que como estaba tan malo e la cabeza s'ahorcó e puro local. Otros creyeron que se queó embotellao con las primeras nevazones y que antes de morirse di'hambre y frío prefirió matarse. Toos son supuestos... Na se sabe... pero el cuento jue así—terminó diciendo don Saladino.

Un momento se quedaron todos en silencio, cogidos por la

emoción de la tragedia lejana. Luego vinieron los comentarios breves y rápidos.

—Eso jué una pura casualidá—dijo Pancho Ocares.

—Yo creo qu'el pino está hechizao—dijo con voz medrosa una jovencita.

—Too lo que pasa tiene que pasar porque es el Destino—exclamó sentenciosamente el mayordomo.

—Sí, es el Destino—lo decía Zoila con desaliento infinito, aplanada por ese poder oculto y omnipotente al cual el montañés confiaba su vida entera.

—En estas cosas lo mejor es creer. Entre ponerle y no ponerle, lo mejor es ponerle—con su desparpajo habitual, Clementina sonreía pícara.

—¡Pobre Peiro Fáez!—murmuró María Rosa compasivamente —De hoy p'adelante le voy a rezar a su ánima.

—Mejor será que rece por una intención mía—dijo Pancho Ocares.

—Vos tenís muy malas intenciones—le contestó un mozo muy simpático que se llamaba Lucho Guerra.

—Callate tu hocico—Clementina le dió un manotón en un brazo y luego, sonriendo siempre, con malicia que hería como un estiletazo, dijo a María Rosa:—Hácele caso a Pancho... no seáis lesa. Yo respondo por él.

—¿Y por vos quién responde?—preguntó Lucho Guerra.

—¡Ah, diaulo mañoso!—y le dió otro manotón, riendo con tales ganas que los demás, contagiados, rieron largamente.

—¿Entoavía no cree en el pino hilachento?—preguntó a Pancho el viejo campero.

—Yo no creo en na... En l'único que creo es en que la María Rosa va cantar.

—Deveritas pue.

—¡Ya María Rosa!

—¿Onde está la vigüela?

—Yo l'iré a buscar—y don Saladino se puso en pie, yendo hasta la carreta.

Volvió el viejo con el instrumento. María Rosa lo acomodó

en sus rodillas y empezó a afinarlo, sacando unos acordes ásperos como latigazos, a los cuales siguió un rasgueo frenético, terminado por un palmetazo seco sobre las cuerdas.

Entonces la voz de la mujer, muy pura, muy cristalina, con un dejo infantil en los agudos, empezó a cantar apoyada en una nota que comentaban los acordes:

¡Qué vivan las señoritas!
Yo vengo de l'Angostura
a cantarle esta letrita
que compuso la Ventura.

¡Ay!
que compuso la Ventura.

El día que la compuso
aquella niña malvá,
mi taita y mi tío Cucho
se reían a carcajá.

¡Ay!
se reían a carcajá.

El día que la cantaron
jué el día del taita Pancho,
de tanta gente qui había
botaron la puerta el rancho.

¡Ay!
botaron la puerta el rancho.

Al ver la puerta en el suelo,
aquí mi ñaña enojá
mandó quitar la guitarra
y dijo:—No canten na.

¡Ay!
y dijo:—No canten na.

La fiesta acabó a pencazos,
qui había e suceder,

siendo remolienda e huasos
así tenía que ser.

¡Ay!

así tenía que ser.

¡Ayayay!

Tras el último ¡Ay! plañidero, con otro palmetazo seco sobre las cuerdas María Rosa calló la guitarra, quedándose muy seria, con los ojos bajos, escuchando como distraída los aplausos y las exclamaciones con que la animaban a seguir.

—¡Bravo!

—¡Dios la bendiga, m'hijita!

—Muy bien.

—¡Otra! ¡Otra!

—Una cueca agora.

—Pa bailarla con la Clementina—dijo Pascual Brito poniéndose en pie.

—Clarito pue—contestó Clementina saliendo al ruedo.

—Cueca... Cueca...

—¡Ay, sí!—tarareó Pancho Ocares.

—Hácele María Rosa.

Pascual Brito y Clementina estaban en el centro del corro. Arrogante el mozo, vestía pantalón alto y una chaquetilla corta adornada con profusión de botones, un pañuelo rojo arrollado al cuello flameaba las puntas sobre la camisa blanca. Con una mano en la cadera y la otra caída a lo largo del cuerpo empuñando un pañuelo, miraba el mozo a Clementina con ojos risueños y desafidores, porque ambos tenían fama de buenos bailarines y les gustaba lucir juntos sus habilidades por ver quién tenía más.

María Rosa volvió a rasguear las cuerdas y empezó:

En la puerta de mi casa
voy a poner un tablero,
con un letrero que diga:
Vendo l'aloja casero.

Rica l'aloja ¡ay! qué güena,
fresca y barata,
se vende por medio rial,
lo que sobra doy de yapa.

Con los ojos bajos y una sonrisa a flor de labio, Clementina —moviendo los pies en un compás de vals— iba y venía rodeada por el mozo que le cortaba el camino zapateando recio y dibujando primores con el pañuelo en el aire. Y había que admirar la incitación que la mujer ponía en su cara—ya de común picaresca—y el dejo con que desalentaba al hombre cuando éste apretaba el círculo en torno a ella o la coquetería con que lo buscaba cuando se iba lejos.

El sereno de mi calle
anoche se m'enojó
porque gritaba tan juerte:
Vendo l'aloja señor.
Rica l'aloja ¡ay! que güena,
fresca y barata,
se vende por medio rial,
lo que sobra doy de yapa.

El corro seguía el compás de la guitarra palmoteando entusiasmado. Y como todos estaban atentos a la pareja que bailaba, y más que todos don Saladino, aprovechó Pancho Ocares el instante para llegarse a María Rosa, ponerse de rodillas a sus pies e ir diciendo a la vez que tamborileaba en la caja de la guitarra:

—Mi Rosita... Mi Rosita quería...

Apenas movía los labios para murmurar estas palabras que se infiltraban en María Rosa como un mosto nnevo que la embriagara. Pero siguió rasgueando con ímpetu las cuerdas en la esperanza de no oír aquella voz de demonio, ni que los demás la oyeran.

¡Qué ya s'acabó l'aloja!
 ¡L'aloja ya s'acabó!
 La plata qu'hemos ganao
 la remolimos los dos.
 Rica l'aloja ¡ay! que güena,
 fresca y barata,
 se vende por medio rial
 lo que sobra doy de yapa.

—No esté enojá con este pobre guacho que sólo sabe quererla—seguía diciendo Pancho Ocares por lo bajo, quemándola con el aliento, turbándola hasta el punto de que la voz se le estranguló en la garganta y tuvo que suspender el canto.

—¿Qui hubo, María Rosa?—preguntaron varias voces extrañadas por la interrupción.

—Estás bien lesa—gritóle Clementina—no mirís tanto a Pancho.

—Falta el cogollo—gritó a la vez que Clementina, Pascual Brito, buscando que don Saladino no tomara sentido a lo que su pareja insinuaba.

María Rosa no supo cómo pudo seguir cantando:

¡Qué viva la Clementina!
 Cogollito verde s'hoja,
 si quiere yo le sirvo
 una copita d'aloja.
 Rica l'aloja ¡ay! que güena,
 fresca y barata,
 se vende por medio rial,
 lo que sobra doy de yapa.

La pareja redoblaba su entusiasmo y en un último despliegue de gracia, Clementina levantaba la falda, dejando al aire sus pantorrillas rollizas y el mozo «cepillaba» un paso brioso que sostenía el palmoteo general.

—¡Arol!

—¡Cueca más bien bailá no ehí visto en mi vida!

—Güena la parejita...

—Harto güena...

—Sírvasse, Clementina.

Terminado el baile habían ido a una carreta en busca de la damajuana y servían vino que animó más aún las fisonomías. Se cruzaban frases intencionadas que como saetas iban a clavarse en Clementina: estaba en pie en medio del grupo contestando con desgaire cuanta picardía oía, exuberante de contento y de ganas de fiestear, como decía con su gruesa voz de bordón.

María Rosa aprovechó el movimiento general para ponerse en pie e ir a reunirse con don Saladino.

Pancho Ocares también se levantó, yéndose tras ella porfiadamente.

La mujer, que lo sentía seguirla, tuvo la tentación de volverse y decirle una palabrota, de írsele encima y arañarlo, de escupirlo y tirarle el pelo. Fué un momento de exasperación que pasó como un relámpago, dejándole nuevamente la sensación de embriaguez, de cansancio gozoso al comprender que «no podía» abominarlo.

Un resto de orgullo, un último alarde de independencia, una bravata desesperada que se volvía contra ella misma, hiriéndola, la hizo obrar. Pero era como si cuanto decía lo dijese otra, y ella, muy lejos, muy alta, se aislara en la dulzura de sentirse vencida.

—Me duele la cabeza—dijo a don Saladino.

—¡Vaya por Dios, m'hijital—la miraba asustado porque la cara de la mujer estaba desencajada.—¿Qué le haría mal?

—Quizás si sería el sol.

—¿Le duele mucho?

—Muchazo... —y como en realidad la excitación nerviosa le atirantaba los músculos, no necesitaba fingir para revelar sufrimiento.

—¡Qué pena!—contestó Pancho Ocares con voz dolorida.

Estaba furioso en lo íntimo porque después de la escena de la tarde creía a la mujer cosa propia y ahora sentía que se le

escapaba con una firmeza sorda que lo desconcertaba, llenándolo de un furioso deseo de venganza—mitad depecho y mitad amor propio herido—que en caso de tenerla a su merced, más que a besar lo impulsaría a pegar.

Por la buena o por la mala—le había dicho él. Ya había ensayado bastante por la buena, ya era hora de buscarla por la mala...

La voz de que María Rosa enferma se retiraba llenó de consternación al grupo.

—Póngase unos parches de papa—aconsejó Zoila muy compungida.

—Éjate e leseras... Tomate un trago y verís como al tiro se te pasa—dijo agriamente Clementina.

—Yo no tomo. Pue que durmiendo se me pase. Me voy acostar y si no alivio, mañana d'alba me voy pa mi casa—y desafiadora, miró primero a Clementina que hizo un mohín de fastidio, y luego a Pancho, que sostuvo impasible la mirada.

Había tomado de súbito la resolución de huir. Irse, irse. alejarse del vértigo que le producía Pancho Ocares, dejar atrás todo eso y volver a la calma de su vida de antes, aunque le encogiera el corazón el recuerdo de la puebla solitaria en que sus días volverían a la nada.

—Con tu gusto, hijita... Pero éjame que me ría e tus leseras. ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!

—Ríase hasta que le dé puntá. Güelvo a icirle que cada uno tiene su moo e ser.

—En eso estamos conformes. Cada uno tiene su moo e matar las pulgas. A mí me gusta matarlas a la vista e toos. A vos...

—¿Qué?—preguntó bravamente.

—Ná... ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! Lo que siento es que nos aguás la fiesta.

—Yo tamién lo siento. Güenas noches—dijo María Rosa que ya no deseaba otra cosa que huir.

—Güenas noches. Que se alivie—contestaron todos.

—Hasta mañanita—se despedía don Saladino, tan afligido por

la enfermedad de su mujer que las frases últimas no alcanzó a penetrarlas.

—Yo creo que no será na—y Pancho Ocares sonrió socarronamente.

—Dios lo quiera... —dijo Zoila con gran candor.

La pareja se alejaba camino de la carreta.

—¿Y a esta gata mañosa le llaman la Flor del Quillen? ¡Puá! qué irrisión—comentó riendo a carcajadas Clementina.

* * *

María Rosa cumplió su amenaza de volverse a la puebla. De alba emprendieron el descenso. Don Saladino iba doblemente preocupado, pues a la enfermedad de la mujer se unía el cuidado por la cosecha de piñones que tuvo que confiar a Pascual Brito. María Rosa guardaba un silencio huraño. Tan pronto se sentía feliz y cada paso de los bueyes le daba la sensación de alejarla de un peligro, tan pronto la cogía, angustiándola, el vacío hacia el cual caminaba lentamente.

Entre esas dos corrientes era una pobre cosa flotante, desesperada por no encontrar un asidero que le devolviera la estabilidad. La única ansia que tenía era verse en su casa, entre los objetos familiares, sola, pensando, viendo si podía ordenar cuanta impresión traía en el cerebro para ver claro en ella misma.

Y deseando llegar, la horrorizaba ese fin de viaje, porque en la casa, sola, pensando, viendo claro en ella misma, tenía la absoluta seguridad de encontrar que el amor por Pancho Ocares lo llenaba todo. Esta certidumbre le daba fiebre, habiéndola tiritar.

Fué un triste viaje interminable. Llegaron de noche a la puebla e inmediatamente María Rosa se acostó, molida por las dos jornadas, sintiendo un círculo de hierro en torno a la cabeza adolorida.

El cansancio físico la sumió en un sueño poblado de pesadillas horribles. Cuando don Saladino al levantarse de madru-

gada la despertó fraginando por la pieza, tuvo una sonrisa de alivio al verse en la casa.

—Lo mejor es que no te levantis. No te aflijas por la comía, con un piazo e charqui y unos cuantos mates yo estoy del otro lao. Voy a d'ir a las casas a ver si me dan una poquita e leche pa vos. Hablaré con la patrona mesma. Y no sería malo agarrarse de que vos estás enferma pa que nos den una vaca pa lecharla. ¿No te parece?

Hablaba don Saladino yendo y viniendo por la pieza. María Rosa lo escuchaba distraídamente, sentada en la cama, arrebozada en el chalón.

—¿Te vis a levantar?—preguntó don Saladino.

—¡Ah!—volvía de tan lejos—Clarito pue, más rato me visto.

—¿No será mejor que te quedís en la cama?

—Es pior, más se mi'acalora la cabeza.

—Vos sabrís lo que hacís. Yo voy a buscar la leche y a la güelta pasaré a tu casa a contarle a tu mama qu'estás enferma.

—Traete a Perico, entonces. Dile a mi mama que me mande un piazo e tela plástica. Eso me aliviará hartazo. Y le daís muchos saludos.

—Al fin creo que jué mucha lesera venirnos como locos.

—¡Eso es! Y si sigo enferma y me pongo pior ¿qué habías hecho conmigo allá arriba?

—Güeno... Güeno... Vos sabís que en tus cosas yo no me meto. ¿Te quisiste venir? Aquí estamos y sanseacabó.

—Dile a mi mama que si sigo enferma tiene que mandarme a una de las chicuelas e la Ramona pa que me cuide.

—Güeno.

—No te vaigás olvidar del Perico, Pídele a mi mama el canasto pa traerlo, ella lo guardó.

—Güeno.

—Y la tela plástica.

—Güeno... Na se me olvidará. Hasta luegoito.

Ya sola, María Rosa levantó las rodillas hasta la altura de la cara, las rodeó con las manos unidas y se quedó pensando en que ya era hora de pensar.

Iba lentamente, miedosamente, buscando el recuerdo de las impresiones recibidas. Nunca encontraba una sola: junto a la vergüenza de lo que todos suponían estaba la alegría áspera como un cilicio de volver a encontrar a Pancho Ocares; junto a la ira que le causaban sus audacias estaba la dulzura de sentirse inmóvil viendo girar en torno ese torbellino; junto al pavor que le inspiraba el porvenir estaba la dicha aguda de ver como el Destino la echaba en los brazos del mozo.

En la mujercita los sentimientos obraban violentamente, llevándola de uno a otro extremo con una fuerza impetuosa que no la dejaba acogerse a ninguna conclusión.

¿Quería a Pancho Ocares? ¿Lo quería lo bastante para...?

Estiró los brazos con un gesto de pereza que hizo temblar los breves senos firmes, desnudos bajo el lienzo de la camisa. Las cosas familiares se le aparecían en la penumbra de la pieza cerrada con una vaguedad turbadora. De un clavo colgaba la manta de don Saladino con la chupalla encima.

María Rosa la miraba fijamente, pensando que era igual a la que Pancho usaba. Igual: roja con dibujos blancos y negros. La miraba. Y a fuerza de mirarla llegó a sugestionarse y por la intensidad de su deseo, no vió allí la gaya policromía de tejido burdo y colgante, no: las líneas tomaban relieve, el sombrero se levantaba y una cara morena asomaba bajo sus alas, unos ojos sonreían a los suyos febriles y una boca dejaba ver la punta de los dientes deslumbradores.

—¡Pancho!—murmuró estremecida.

Y estiró los brazos a ese fantasma, levantando la cara para que al avanzar, mejor pudiera besarla.

—¡Pancho!—volvió a decir.

Pero esta vez el sonido de su voz la trajo a la realidad y en lo obscuro de la pieza sólo vió el sombrero y una manta, colgando lacios del clavo. Pero también vió en sí misma el impulso que de haber estado allí en cuerpo y alma Pancho Ocares, la hubiera echado en sus brazos, ansiosa de caricias, quemante de pasión.

—Lo quiero... lo quiero...—empezó a repetir con una alegría de ebriedad.

El amor la cogía en su recta de gozo que lleva hasta los astros. Hubiera querido gritar a todos los vientos su secreto para que la montaña entera se estremeciera a su eco. La ola de terneza hacía de miel su alma y a toda cosa hubiera querido comunicar dulzor.

Levantó las manos con un gesto suave y acarició sus mejillas quemantes, sus párpados cerrados por la plenitud de sentimiento. Una voluptuosidad recorrió sus nervios y con un movimiento vivo se arrebozó en el chal.

—Pancho... Pancho...—volvió a repetir, como si el mozo estuviera a su lado, oyéndola—Te quiero Pancho...

De repente sus párpados se abrieron, la cabeza se echó atrás como hurtándose a un roce y el cuerpo entero cobró una rigidez de repulsa.

En su espíritu acababa de surgir la visión de su vida futura. Se veía empujada a los brazos de Pancho por una fuerza superior a su voluntad. ¡Sería su Destino! Su vida tan clara, tan nítida, se complicaba, se hacía obscura, entraba en el círculo de las mentiras, de los disimulos, de las traiciones, de las hipocresías. Ya no podría decirse con íntimo orgullo que como ella no había ninguna y que bien hacían llamándola la Flor del Quillen. Sería una mujer igual a todas, como la Clementina y la Pascuala. Bueno ¿y qué? Ella era dueña de su persona y si cedía a la tentación era porque amaba. Las otras se daban por dinero: eso era sucio, era feo. A ella no la movía ningún bajo interés. Amaba tanto como la amaban. Pancho la quería. Ella quería a Pancho. El fin natural de esa atracción recíproca era la posesión. ¿Qué mal había en ello?

Seguía siendo la Flor del Quillen y aún en la falta encontraba un sitio aparte en que colocarse.

Volvió a ceder, dándose mil disculpas que adormecían su conciencia y era ya por la fiebre de la carne y la audacia del pensamiento la querida del mozo.

El comentario malévolo no la inquietaba. Sin serlo, los de-

más la daban por amante de Pancho Ocares. En la montaña, al sentir por primera vez el alfilerazo de la malicia, se encabritó rebelde. Ahora se consideraba por encima de todas esas pequeñeces, aislada, abroquelada por ese flúido que el amor crea en torno del ser que lo padece. Para ella sólo existía una verdad y todas sus potencias tendían a penetrarse de esa verdad: el amor.

¿Y don Saladino?

Volvió a ponerse rígida, porque asomaba el marido engañado en el cuadro de sus figuraciones y hasta entonces esa figura tan principal había estado borrosa en el fondo.

¿Cómo lo olvidó? ¿Estaba ella loca? Disponía de su persona como si no dependiera de nadie, como si fuera libre. Ella tenía obligaciones, deberes, ¿en qué momento de locura los olvidó?

Y aferrada desesperadamente a cuanto quedaba en pie de su antigua personalidad se dijo que nunca, nunca, nunca sería tan mala como para engañar a ese pobre viejo bondadoso.

Nunca. No era posible. No podía darse al amor. Aquella embriaguez de ilusión había que olvidarla. En su vida no habrían caricias, ni besos, ni charlas, ni miradas, ni esperas, ni sobresaltos, ni miedos, ni iras, ni rencores, ni remordimientos. En su vida no habría nada.

Y lloraba con angustia, porque por segunda vez—voluntaria y definitivamente—sus días volvían a la rutina que los aplastaba como una losa.

* * *

María Rosa bordaba en el corredorcillo. Dos días habían pasado: repuesta de su enfermedad hacía la vida de siempre. Don Saladino acababa de marcharse a Dillo en busca de una partida de animales.

Un poco triste, adolorida por el sacudón sufrido, la mujer se anegaba en el renunciamiento, buscando pedestal para su orgullo en ese hecho: ninguna hubiera sido capaz de huir el amor por deber: ninguna.

Perico avizoraba un vilano errante. Agazapado, con los músculos como resortes en presión, al tenerlo cerca saltó, dió bote, volvió a saltar, giró sobre sí mismo pirueteando. El vilano subía, bajaba, subía, enredado a la espiral de aire creada por el movimiento del gato, enredado al gato mismo hasta el punto de inmovilizarse en su piel, adherida seda contra seda.

En la cocina se sintió caer un tarro. María Rosa alzó la cabeza vivamente y tras quedarse un rato cavilando se puso en pie al par que murmuraba:

—No vaigan a darme güelta l'olla e la leche. Son tan malosos estos quiltros.

Salió por la puerta trasera de la casa, atravesó el corralillo y entró a la cocina, rectamente hacia el vasar del fondo.

La puerta se cerró de golpe y alguien que se escondía detrás de su hoja única la trancó, cruzándose luego de brazos, apoyada la espalda contra el quicio.

María Rosa se volvió al golpe, y el estupor le dilató las pupilas: frente a ella estaba Pancho Ocares.

El primer impulso de la mujer fué avanzar a abrazársele, balbucirle su amor, implorar sus caricias, humillarse en un ansia de anulamiento, de ser en sus manos cosa propia de la cual se dispone. Alcanzó a dar unos pasos: el hombre la miraba fijo, respingado el labio, fiera la expresión. La inmovilizó el terror. Vió lo que iba a pasar. Contra la fatalidad no se lucha. Si hasta entonces pudo defenderse fué porque su hora no había llegado. El Destino se cumplía con ella o sin ella. ¿Para qué rebelarse?

El hombre avanzó amenazador.

—¿Creís que conmigo se juega así no más? ¿Qué te habís imaginao? Ya me tenís cansao con dengues. Miren la señora... ¿Sabís lo que sos? Una china no más, una china como cualesquiera sofra ¿entendís?

Le hablaba casi boca contra boca. Cortaba las frases brusca-mente, arrojándoselas como piedras. Siguió diciendo:

—¿Creís que voy a ejar que toa l'hacienda se ría e mí? No pué, hijita. Toos saben que me vine a tu siga. Toos saben

que sos mi guaina. Güeno: no lo sos entoavía, pero aguardate un poco. Y no me vengaís con malos moos. Ya l'ije que por la güena o por la mala... Hacé cualesquiera cosa no más y te muelo a combos...

Alzaba un puño amenazando la cara de la mujer.

—No me pegue—rogó María Rosa humildemente, amorosamente.

Un momento el mozo la miró con desconfianza, buscando la verdad en su expresión. Luego, brusco, brutal casi, la atrajo contra sí, uniendo sus labios a los otros que no besaban, pero que se abandonaban a toda caricia.

* * *

Pancho Ocares fumaba sentado cerca de la puerta entreabierta, como atalayando el camino. De pie, frente a él, María Rosa lo miraba estupefacta, temblando toda con un pavor irrazonado a cosas extrañas. Le parecía que de pronto la casa se iba a desplomar, o que la tierra se abriría tragándolos, o que el río aumentaría su caudal de aguas hasta anegarlos. Y otra angustia apremiante que le humedecía los ojos, le nacía de la falta de terneza en Pancho Ocares. Su abrazo fué fiesta de sensualidad, únicamente. Y ella ansiaba el gesto tímido y la palabra balbucida de la ternura.

Pancho seguía fumando con grande indiferencia. Estaba ahito y una especie de embotamiento le adormecía el cerebro, dejándolo sólo pensar en su triunfo, en lo que dirían los otros cuando lo vieran.

María Rosa avanzó unos pasos, hasta quedar junto al hombre. ¿Por qué no la miraba? ¿Por qué no la atraía a sí en abrazo suave? ¿Por qué no le acariciaba las manos? Hasta que llorando grandes lagrimones balbució:

—Pancho...

—¿Qué?—dijo secamente.

No le guardaba ningún reconocimiento. Nada lo atraía en

ella. Al contrario: le daban deseos de maltratarla para vengarse de los muchos desdenes, de la larga espera.

—¿Qué?—preguntó nuevamente con agresividad.

—Pancho—y los ojos buscaban tímidos los ojos de él—Pancho, ¿me querís?

—¿Quererte? ¡Jel! Pa eso tenís a tu viejo...

—Entonces... —y las pupilas se le inmovilizaron en un punto de la pared.

¿Entonces no la quería? ¿No la quería? Y casi sonrió al pensar que aquello era una broma.

—Tan bromista qui lo han de ver...

—No es broma. No te quero. ¿Por qué iba a quererte? Pa mí sos como una cualesquiera, hasta si querís te pueo pagar, pa que no tengáis por qué quejarte e mí.

—Pancho... Pancho...

—¿Qué? Pancho me llamo ¿Qué?

—Sos un canalla.

—Hace un ratito no más no ícías eso.

—Hace un ratito yo estaba loca...

—Loca, loca—y de pronto, rabioso, perdido todo miramiento—sí, loca... Buscate disculpas agora. Hace un rato eras lo que sos, una mujer como cualesquiera. Yo no sé hasta cuando se te va bajar el moño. ¿Creís que te quero? ¡Ja! ¡Ja! No voy a perder mi cariño en ti... Ni pa guaina servís... Jue pa ganar una apuesta que vine p'acá. Ya está, ya lo sabís too. ¿Qué?

Se puso en pie amenazador. María Rosa lo oía con los ojos cerrados, temblando a cada palabra, recibéndolas como puñaladas en medio de su amor, de su dignidad, de todos sus sentimientos.

—¿Qué?—decía el hombre en una especie de furia vengativa.

—¿No contestás? ¿Sabís por qué no me voy entoavía? Porque Chano Almendras y Melchor Candia me van a venir a buscar, aquí a tu casa tuya, pa convencerse de que sos mi guaina y pagarme al tiro l'apuesta. ¿Qué?

La mujer había abierto los párpados y ahora lo miraba fija-

mente, con tal concentración en el poder visual que las pupilas se le dilataron hasta tomar todo el globo del ojo.

—¡Canalla!—dijo—y con un movimiento que Pancho no alcanzó a prever, cogió el rebenque de un clavo y azotó la cara del mozo.

—¿Qué? ¡Ah! Bestia... ¡Ah!

Le pegaba en las manos que querían defenderse, en la cara, en las manos, en la cara. Era un movimiento rápido y mecánico, como si el brazo hubiera cobrado un resorte que lo echara de uno a otro lado, dando seguramente en el blanco.

El hombre retrocedió y abrió enteramente la puerta, tomado íntegro por la cobardía latente en él. Los golpes lo aturdían. Salió huyendo. Libre por la distancia se volvió vomitando injurias. La mujer gritaba:

—Mininco... Lolenco... —y silbó a los perros, que acudieron prestamente. —Agarra, Mininco... Agarra, Lolenco... Agarra, agarra, agarra...

Se le fueron encima y entoces, perdiendo su actitud retadora echó a correr hasta el camino, con los perros detrás, ladrándole, tirándole tarascones a las piernas. Corrió hasta el camino.

Pero ahí se detuvo bruscamente: Chano Almendras y Melchor Candia—que llegaban a caballo—miraban su huída con la burla ardiendo en los ojos. Los perros, sorprendidos con la presencia de los mozos, también se detuvieron.

—¡Je!—rió Chano—¡Parece que no te jue muy bien!

Y como Pancho Ocares intentara explicarse, lo perros azuzados nuevamente por la mujer, lo atacaron con mayor furia.

—Agarra—gritaba María Rosa. —Agarra, Lolenco... Agarra al sinvergüenza canalla... Agarra, Mininco... ¿Qué se había imaginado el bandido qu'era yo? ¿Creía el cochino que no me iba a defender?

Pancho Ocares se aislaba a puntapiés de los perros. Los mozos reían, sin compartir aún la indignación de la mujer: tan grotesca era la figura del otro. María Rosa avanzaba hasta el camino y les decía con las palabras tremolando de ira:

—Corretéenlo, péguenle, es un canalla, un criminal. Péguete Chano... No le dejen hueso bueno... Péguete Melchor...

Era sincera en su ira. El hombre se había destruído a sí mismo en el sentimiento de la mujer. María Rosa había olvidado cuanto pasara en la casita un momento antes. Recobraba su personalidad de Flor del Quillen. Mentir, simular, hacer cualquier cosa, provocar un escándalo, llegar al crimen, pero que nadie supiera nada, que todos creyeran en una agresión, basándose en su protesta iracunda.

A su vez Pancho Ocares quería explicarse, pero entre su deseo de hablar y el pavor de los perros, sólo conseguía balbucir palabrotas.

Chano Almendras y Melchor Candia dejaban de reír para dar mejor cabida a la indignación. Levantaron los rebenques, echando los caballos sobre el mozo. Pero no alcanzaron a tocarlo, que el otro al verles la intención, sin ninguna esperanza de ganar la partida, saltó la cerca que cerraba el camino, corriendo por el potrero hasta perderse en el monte. Los perros siguieron tras él, pero al llegar a las quilas se quedaron ahí tirándole ladridos, mirando tan pronto la casa como los árboles, andando y desandando camino, en la inquietud de no haber cumplido exactamente su deber.

—No era na lo que quería el peine... —comentó Melchor Candia mirando a María Rosa con ojos de admiración.

—La Flor del Quillen na más... —dijo Chano con orgullo. Con su empaque señoril de siempre, María Rosa, sonriendo con la boca aun en temblor de ira, los invitó amablemente:

—Bájense a tomar alguna cosa. Así me acompañarán hasta que llegue Saladino.

Antonio Bórquez Solar

Bizarrias de Antaño

«CAMPO LÍRICO»

AHORA ven aquí, adorado libro escarnecido y aplaudido, tú que eres cifra y compendio de una juventud atormentada del mundo, del demonio y de la carne. Eres lo único que no se ha ido con el tiempo fugaz. Por tus páginas pasa palpitante un profundo aliento vital. En ti se han cristalizado mis sueños de antaño, mis esperanzas, alegrías, tristezas, amores; pero nunca los odios. Por todo esto te amo, libro ingenuo, libro bueno, libro revelador de una forma nueva y de bellezas incógnitas.

Pagó de su peculio la edición de este mi primer libro de versos, mi amigo Marcial Molina S., a quien había conocido yo en Los Angeles como cajero del Banco de Chile. Desde el primer día fué un entusiasta de mi labor y fué mi compañero obligado en mi vida seria de visitas sociales. Tenía para mí el gran mérito: atendía con su trabajo al sustento del hogar lejano en Chillán. Llegado a Santiago muy poco tiempo después de mi arribo, activo y diligente él, entró en unos negocios mineros y como la suerte le favoreciera, un buen día me dijo:

—¿Tienes juntas y guardadas tus poesías? ¿Se podría formar un volumen?

Después de mirarle con extrañeza le repuse:

—Dos volúmenes, que no uno solamente.

—Bueno. Voy a costearle una edición; pero de las mejores. Vamos a la imprenta de «El Globo». Esta es mi imprenta, la de mis libros mineros, talonarios, cartas, membretes. Tú elegirás el papel, y ordenas.

No trataré de pintar mi asombro. Le estreché la mano fuertemente sin hablar. Al fin iba a ver realizado mi más serviente deseo, lo que me había parecido una quimera bajo mi Palacio de Verano. Llegamos a «El Globo», que estaba en Agustinas al lado del templo de los religiosos de esa advocación. Se hizo el trato facilísimamente:

—Señor Ruiz (de la firma Borchet, Ruiz y Cía.) presento a Ud. al poeta... Va Ud. a hacer una hermosa edición de un libro de versos, en buen papel y como mi amigo ordene. Yo pago. No repare en gastos.

--Muy bien, don Marcial. Lo serviremos lo mejor que podamos. Y creo que nos haremos una buena reclame.

Nervioso de alegría salí de la imprenta a copiar pronto para entregar mis originales a los chivaletes, después de haber abrazado a mi joven Mecenaz, quien lo único que me había recomendado era que prologara el libro nuestro común amigo Cabrera Guerra. Y con tanto ardor emprendí la tarea que en dos días di todo el material necesario para el primer pliego.

El prologuista fué tardo por causa de sus dos grandes preocupaciones, las diarísticas y las amorosas que le absorbían la mayor parte del día y no pocas horas de la noche. ¡Qué furor de hombre! Al fin salió aquello, en lo que han mordido tantos y tontos, desdichado prólogo del que nunca supe si llevaba encubierta alguna mala intención; pero que muchos han repetido en partes, tomándolas como verdades de fe, sin tratar de comprobarlas, diciéndolas por boca de ganso.

El Título, de mi libro, que hasta esto fué criticado, lo encontré de improviso, una mañana, al levantarme. Al pasar por el cuarto de Cabrera, que estaba ya en pie, por excepción, a las siete, me dijo:

—Me he levantado tan de madrugada sólo para escribir el prólogo... ¿Y has pensado qué título tendrá tu libro?

—No; pero se me ocurre ahora el de *Campo Lírico*.

—¿Sabes que no es vulgar?—me repuso.—Y le puedes agregar, porque es tu primera obra, el sub título *Primera Siega*. ¿Qué te parece?

—¡Magnífico!—contesté.—Y se verá hermoso en la portada blanca opalina, que ya tengo elegido el papel, así en un cuadrículo, a la izquierda y con tinta azul:

<p>CAMPO LÍRICO (PRIMERA SIEGA) <i>Antonio Bórquez Solar</i></p>
--

De este modo tan sencillo encontramos tal nombre, tan llevado y traído, en aquel tiempo en que las lenguas tartajosas lo declararon rebuscado y decadente.

La casa de Campo Lírico. Vivíamos en ese tiempo Marcial, Florencio Navarrete, que era un capitán de ejército, y el muchacho doméstico, en la calle San Carlos, entre Santa Rosa y San Isidro.

—Tres diablos en un santuario—había dicho Ricardo Prieto.

La casa era propiedad del padre de nuestro inspirado músico compositor Próspero Bisquert. Valía el arriendo cuarenta pesos y tenía toda comodidad, hasta pieza de baño. Eran tiempos todavía fáciles y no de sordidez. Aquí visitaban al Chico Cabrera muchas personas, sobre todo las del pelo suave, diputados, dibujantes, escritores, poetas, trajinantes de aquel escándalo del fierro viejo de los Ferrocarriles.

Teníamos una vecina muy simpática, española, blanca, madrileña, «digna de ser morena y sevillana». A poco de haberla visitado en su casa para oirla al piano, que lo sabía muy donosamente, supe que daba lecciones del instrumento a un macizo español. De esta noticia fué portador Navarrete y con ella, como por efecto de una ducha, disminuyó considerablemente la temperatura de mis afectos nacientes. Y me retiré.

Más triunfos, más coronas dió al prudente
que supo retirarse, la Fortuna,
que al que esperó obstinada y locamente.

Muy poco tiempo después se casaron la Simpatiquísima Dora
y el español.

* * *

Nos visitaba entonces un joven poeta muy simpático, modesto
y de mucho talento, Jorge Prieto Lastarria, que murió tan pre-
matamente en la altiplanicie boliviana, adonde había ido por
las exigencias de la vida, empleado en una empresa industrial.
Muchas de sus poesías se publicaron en «Pluma y Lápiz» y
ellas demuestran su inspiración delicada y exquisita. Era él un
joven moreno, espigado, miope, de negro y sedoso bozo y su
habla era afectuosa y tranquila. Caballero andante de la poesía,
era de suyo muy enamorado y muy tímido. Mucho-padeció cuando
le entró la amorosa pestilencia, que dice Cervantes.

También llegaba a la casa del Chico el poeta Francisco
Contreras, que ya había publicado un año antes su librito «Es-
maltines», que había pasado casi completamente inadvertido.
Recuerdo muy bien que los que escribían entonces no lo con-
sideraban en serio, a él, personalmente, y si por un acaso ha-
blaban de sus poesías lo hacían con tal desdén que daba pena
y con una punta de malevolencia que me indignaba hasta el
rojo blanco. Indudablemente, él fué un cruzado decidido de la
renovación artística en este país y merece ser citado, no por
haber sido un espíritu fervorosamente combatido, como yo lo
fuí, sino por haberse alistado uno de los primeros junto a mi
oriflama. Cuando comenzó a publicarse «Pluma y Lápiz», él
fué uno de sus colaboradores en verso y prosa. Pero sus «So-
netines», así como su estatura también diminutiva, dieron motivo
para que algunos chistosos le llamaran *Contreritas*. Hay toda-
vía quien le recuerde con el mismo apodo, cariñosamente. Y
para esto fué menester que Rubén Darío lo consagrara en Pa-
rís, en donde hace ya veinte años que reside...

En esta casa de la calle San Carlos, en la que dispuse y ordené mis poesías para mi primer libro, viví durante el tiempo todo que pertenecía a la redacción de «La Tarde» de los hermanos Irarrázaval. En esta casa de «Pluma y Lápiz» di también todo a la revista, hasta como empaquetador para provincias, faena esta última en la cual me era forzoso ayudar a su colérico director, el sauno Cabrera.

EL LIBRO PRIMIGENIO

Al fin apareció hermosamente presentado e impreso, un primer, un lujo de edición en aquel tiempo, en un buen día primaveral, en pleno mes de Octubre de 1899. Evidentemente, nada igual había salido antes de los talleres litográficos de Chile, nada igual en todo sentido. Con qué íntima emoción vuelvo a tomar y contemplar el único ejemplar que me queda, el obsequiado por Carlos Newman y encuadernado en París de Francia, pasta de cuero finísimo, dorado a fuego, título y nombre de autor en letras de oro también, regalo en fin de un hombre rico, que es al mismo tiempo un espíritu superior y una inteligencia excepcional. He aquí la historia de este regio presente: Apareció en el diario «La Tarde» el suelto que la refiere con brevedad:

«Desde el desierto de Sahara. Al autor de «Campo Lírico». Como una curiosidad damos a nuestros lectores, previo el permiso del propietario de la carta, la que el señor Carlos Newman, el raro intelectual de Valparaíso, que hoy anda de viaje por aquellas lejanías, le ha dirigido a Santiago de Chile al autor de «Campo Lírico», nuestro compañero de «La Tarde»:

«A don Antonio Bórquez Solar, Santiago de Chile.—Distinguido señor: por giro postal envío a Ud. la suma de francos para que se sirva remitirme por correo y certificados... ejemplares de su volumen de poesías, recién publicado y que se intitula «Campo Lírico». Mi residencia es la indicada en la adjunta tarjeta.

«Yo, que no soy artista ni intelectual, he leído no obstante

todas las poesías de Ud. que se han publicado en los diarios y revistas de Chile y ellas hanme procurado emociones agradables. Y en esta vida, que es un eterno dolor, se mira con estima, con afecto, aquello que, aunque sea por un minuto, ha contribuído a aminorar su intensidad.

«Por eso aquí, en un oasis lejano del desierto de Sahara, —que aquí estaré cuando llegue a mis manos su libro— leeré con más penetrante e íntima emoción esos versos suyos.

«Lo saluda afectuosamente,

K. NEWMAN.

«Kbur—er Rumia, 16 de Diciembre de 1899».

Esta carta está escrita con ortografía fonética, y no la he copiado con ella porque se me va la vista.

Envié al señor Newman dos o tres ejemplares de mi obrita, y no muchos meses después recibí el lujoso ejemplar en la pasta valiosa a que me refiero.

Dedicatoria.—Como era de ritual, dediqué el libro a Marcial Molina S., y en las palabras liminares que me salieron del corazón, afirmé lo que nadie jamás fué osado a contradecir, entre otras frases, estas rotundas:

.....
 «Porque tuyo fué el primer aplauso que escuché yo en las fatigas de mi labranza, *cuando en la hora solemne de mis insurrecciones guié sólo las cuadrigas de mis arados, como ninguno antes que yo en esta Zona del Arte lo Hiciera.....*»

Así también debía entenderse por todos que protestaba por anticipado de seguir a otros poetas, que mi modo y manera eran sólo míos, que como ya lo había declarado en otras ocasiones, *iba por mi camino mío al Arte* y que así en ciertos aspectos era yo original.

TEMPRANERAS

Empieza «Campo Lírico» con esta colección así titulada. Son las mejores de las primeras hechas en la ciudad de Los Ange-

les, y recuerdo de todas ellas muchos detalles. La que se titula «Cuadro», por ejemplo, fué inspirada por una pintura que vi en la hacienda «Quilales» en que trabajaba Jorge del Río Plummer, mi excelente amigo en aquella lejanía, antes y después de sus nupcias con la linda dama Adriana Morel. Recuerdo que iba yo en mi caballo Osor hasta una vez por semana, solo y galopando por aquellos campos hermosos, cada Sábado, en la tarde, para volverme el Lunes de madrugada. En dos horas hacía la jornada, sin apurar al noble animal, tan manso y tan inteligente. Los dueños del fundo extremaban conmigo sus amabilidades.

Las flores, el ánfora, el abanico y la calavera del cuadro en referencia, me atraían la mirada. Todo ello me hablaba de la juventud, de las mujeres hermosas con que soñaba, cuando de repente saltaban a mi vista las cuencas y la risa siniestra de la calavera, final obligado, ineluctable y fatal, de todos los goces, de la belleza y del amor. Hoy, cuando ya ha comenzado a nevar en mi cabeza tan renegra, como tinta china, otrora, revivo esos instantes y comprendo mejor toda la filosofía amarga que el pintor expresó tan donosamente con sus pinceles.

«El Himno de los Andes», que aquí también aparece, es mi primera poesía a la magnificencia de la gran Cordillera, después del viaje que hice hasta el otro lado de ella y que queda referido más adelante, y que había de celebrar con más bríos en toda su majestad, años andando, en otro libro lírico, «Laudatorias Heroicas», cuando canté sus volcanes, sus ríos, sus torrenteras y riscos.

Aun pienso que esta inmensa belleza de nuestros Andes, está apenas desflorada, y eso que ella cada día parece mostrarse con mayores esplendores en cada hora, la cordillera de los cóndores y de las águilas majestuosos y rapaces, y en cuyos faldeos, entre los festones y guirnaldas que son selvas, anidan las pequeñas ciudades, los montañeses laboriosos, tenaces, robustos y sencillos, las mujeres hermosas y prolíficas, las vírgenes garridas y discretas, puras y amorosas como las palomas torcaces que arrullan perennemente entre los copihues de la tierra arau-

cana. Nuestra cordillera que guarda en su entraña los metales más preciados del mundo, oro rubio y negro, debe ser señalada por los poetas al esfuerzo de todos, al brazo de la industria, al combo del minero; porque en ella se contiene cuánto es necesario para sustentar, enriquecer y magnificar, en los dilatados tiempos futuros, a los chilenos que la poseen.

Como me he propuesto ser parco en mi relato, no diré sino de otra más de estas poesías tempraneras, de la que se titula «Página de Album». No me puedo arrepentir de haber escrito ésta en el libro de la señorita Parmenia Burgos, que fué una de las primeras palmas admirativas que me saludaron en los comienzos de la jornada. La recuerdo blanca y agraciada como una azucena, de ojos grandes y claros, de andar solemne y airoso, al lado de la prima Carmela que era morena porque la había besado el sol... ¡Cuántas almas buenas de niñas hay en las provincias, que aman la poesía con fervor, que sueñan en medio de todos los afares caseros, o junto a sus jardines y macetas en flor, o salen a la ventana, mirando la soledad de la calle, al raro transeunte, o bordando o tejiendo; cuántas que con una poesía se sienten conmovidas hasta el desfallecimiento y que pueden llamarse en verdad hermanas gemelas del alma del poeta! Por eso yo decía al final de esa paginita lírica:

.....

Y si otra alma a la mía compadece,
amo la vida y el placer y el beso,
y me estremezco con los goces grandes
del que tiene en la tierra todo el cielo.
Entonces canto en mi soberbia lira
el magnífico verso
que celebra con ritmo poderoso
la comunión de dos almas en lo eterno.

FLORA INSULAR

Esta sección de mi «Campo Lírico» se inicia con una forma lírica de mi inventiva. «Preludio» comienza así:

De las tierras lejanas del Sur vecinas al polo
donde soplan su ronco clarín las tropas de Eolo,
trovador incansable del gris, yo traigo en mi lira
una virgen brumosa canción que llora y suspira.

En todas estas poesías ya se demuestra el afán innovador, la persecución de la armonía constante en la forma, en concordancia con la melodía interior. Se oye como un mandato la voz de Verlaine: *avant tout la musique*, y se logra, como se puede, con el magnífico instrumento castellano. La palabra rara o el vocablo exótico, con el fin de enriquecer la lengua lírica relucen como medallas nuevas y tintinean como el oro; las *palabrejas* que hacían rugir, entonces, de rabia impotente a los hidrocéfalos, eternos enemigos, no sólo de lo que no comprenden, o les está vedado, sino de toda riqueza mental. Hasta el mismo verso endecasílabo, tan sobajado y envilecido por los vulgares copleros, recobra su antiguo señorío, aparece como remozado, o se reviste de un tinte de melancolía en el tono de languidez y de nostalgia de la composición en general.

Aquí está la que se titula «Las Sirenas de las Islas», que la quiero porque fué portadora de un rayo de luz en las oscuridades de una cárcel y dió un minuto de alegría a un pobre corazón torturado, que así me lo declaró con su firma al pie de su carta publicada en «El Progresista» de Los Angeles, Jorge Day. En la parte final de esta poesía cantan las Sirenas una en pos de otra:

.....

Con las mórbidas formas sin velos,
descubiertas de nácar las pomas
que semejan dos albas palomas
que han bajado a anidar de los cielos:

—Yo soy hecha de forma de sueños
que acarician y besan las sienas;
y yo tengo los ojos risueños
y yo tengo encantados Edenés.

—Y yo tengo el relámpago de oro
condensado en mi blondo cabello,
y yo guardo de amor un tesoro
y me rindo a lo grande, a lo bello.

—Y yo soy hija de Tetis, la diosa
que desdeña al rendido Neptuno,
y no envidio las prendas ni el rango
con que brilla la olímpica Juno.

—Soy la pálida virgen enferma,
la que arranca el melódico Scherzo
de la lira zafir de las olas
a compás del erótico verso.

—Y yo soy cual la Venus de Milo,
la de formas erectas y cálidas.
Y yo llevo en el labio intranquilo
las errantes libélulas pálidas.

—Yo me baño en la cresta espumosa
que remeda un encaje de Flandes,
y morena y ardiente y ansiosa
quiero goces intensos y grandes.

* * *

Una novedad es también «Día Gris» en que el verso se entremezcla con la prosa en una forma bastante inusitada:

I.—Un día nublado, nublado y opaco, parejo desde el Orto blanco al ocaso; así con un cielo de leche muy turbia, como un mar de plomo quieto en una gran angustia.

II.—Así yo lo quiero porque estoy enfermo. Que traiga a mi mente los vagos recuerdos de mi Isla lejana, de mis Islas Pálidas, tristes princesas pálidas que están encantadas.

III.—El día brumoso que anuncia a la Tromba que va por el bosque sembrando sus cóleras, rajando los troncos con golpes de hachas, con las hachas de sus hacheros bien afiladas.

ÍV.—Un día de Otoño monótono y triste, sin que haya ni un soplo que en el aire vibre; silente y pesado como un Campo Santo con sus lóbregos cipreses altos, altos, altos.

V.—Así quiero el día y escribir mis versos pensando en las cosas distantes y antiguas de allá del lejano país de los hielos, de mis turbios cielos de tristezas místicas; soñar con las garzas que pasan volando, manchadas las plumas de sus flojas alas, tendido el cuello a lo largo, muy largo... manchadas las plumas tal vez en las charcas; soñar con las locas grises que dan sus lamentos cruzando las planchas de aquel mar plumizo, y con las balandras que marchan al puerto, pesadas, tardías, al vecino puerto.

VI.—Soñar así, mientras mi perro aquí a mis plantas se sueña cambiado en hombre y se cree que tiene un alma... En días nublados pensamos en cosas vagas: debe esto tener su origen en cosas lejanas.

VII.—Triste está el árbol en el Otoño porque sabe que en el Invierno le azotarán furias salvajes... Hombres, las causas de las tristezas que os afligen aquí en otro estado en que habeis vivido tienen su origen.

VIII.—Hay que empapar en whisky la tristeza del día; pero si no hay whisky mojadla con vuestras hieles, acordándoos de los días de la infancia, cuando en los labios florecía la plegaria y teníais un padre.

IX.—También hace falta la mujercita que os lea una página de amor. ¿No teneis ni una hermana? Echaos a dormir, entonces, como este perro y dormid mucho. Mejor si no despertais más.

* * *

Nos encontramos en esta sección del libro con «Las Nebli-
nas en Marcha», que cuando se publicó en «La Ley» con la
firma de *Príncipe Azur*, fué parodiada por Ventura Fraga, que
hacía de todo en el diario, hasta críticas musicales con la ma-
yor alevosía. Creo que tocaba el violín. Alcanzó posteriormente

a ser cónsul en Salta. Los cantantes de la ópera del Municipal en aquella época que voy historiando, le temían y lo agasajaban. Pero todo podía disculpársele porque era una víctima de la explotación diarística: sus artículos eran medidos con un cáñamo y se los pagaban a razón de diez pesos columna, postergados, mondados terriblemente, acortados y corregidos de una manera infame, de tal modo que no los conociera ni el mismo padre que los había engendrado. ¡Lo mismo que hacían con los míos esos viles filisteos y mercachifles!... Mas ya todo está perdonado.

En la mañana del día en que apareció publicada la tal parodia, me encontré en la oficina del Cajero, que era Rogelio Ugarte, que había ascendido paso a paso desde simple ayudante en la Administración, con el autor del desaguizado literario, el señor Fraga. Lo increpé rudamente, lo injurié. Me respondió en el mismo tono y quise apalearlo. El cajero y otros me separaron cuando yo llevaba la ventaja. Como yo quedé sumamente irritado, vi que era menester hacer algo sonado para que escarmentaran todos los parodiadores y reté a duelo al ofensor, al inofensivo Ventura Fraga. Le envié mis padrinos; uno de ellos fué Espejo, que hasta compró los revólveres en la mercería Despassier. Los padrinos del violinista y crítico fueron el capitán poeta Ricardo Prieto y el salvadoreño Ambrogi. Se tramitó con tal ligereza el lance, que a las veinticuatro horas debía verificarse. Pero mi buena suerte quiso que mi contendor diera por escrito toda clase de explicaciones que, como músico al fin, cantara la palinodia antes del tiempo señalado. Alcancé, sin embargo, a un banquete que, como despedida para el otro mundo, me diera aquella discretísima señora Rita A. de la Maza, de quien ya he hablado. Angel C. Espejo y Carlos Varas M., que sobreviven de aquella falange, se regocijarán recorriendo estas líneas. El primero debe conservar todavía la documentación del caso tan coruscante y delicioso...

En el centenario de Góngora

EL 24 de Mayo se han enterado trescientos años de la muerte del poeta cordobés don Luis de Góngora y Argote, reconocido como padre del llamado *culteranismo* de la literatura española.

La fama poética de Góngora ha atravesado por diversas fases. En vida del autor, sus versos le granjearon una popularidad singular, que Fitzmaurice-Kelly compara a la de que gozaba Lope de Vega. Pero por esos mismos días nacieron los impugnadores de su estilo y de sus concepciones artísticas. Uno de los más iracundos, Quevedo, dirigió contra Góngora y sus discípulos los tiros envenenados de su ingenio facilísimo.

En los años que siguieron a la muerte de Góngora, su fama se extendió por los dominios de la lengua castellana. Los imitadores del poeta fueron muchos, y de creer a cierta crítica, el culteranismo habría tenido su origen exclusivo en el ejemplo de Góngora. Los que tienen algún conocimiento de los hechos espirituales, comprenderán que es imposible achacar a un solo hombre, por respetado que haya sido su nombre, la responsabilidad de un estilo, de una serie tan compleja como numerosa de tendencias artísticas. En la exageración de la culpa que en el culteranismo haya podido haber a Góngora, figura nada menos que Menéndez y Pelayo.

De allí la extraordinaria suerte que ha tenido una opinión crítica tan poco sólida, tan poco meditada y tan vehemente. Nadie ha gozado de tanto crédito como crítico literario, en asuntos de lengua castellana, que Menéndez y Pelayo. Pero negar

los errores de que se hizo reo tan preclaro crítico, las equivocaciones en que incurrió, acaso por su apasionamiento y por la rigidez dogmática de su criterio, sería culpa aún más grave.

Poco a poco, tratando de sacudir el peso de la doctísima cuanto errada diatriba de Menéndez y Pelayo, la fama de Góngora ha venido ganando los espíritus en los últimos cuarenta años. Como el Cid, este poeta gana batallas después de muerto.

Hoy vemos la obra de Góngora como la de un lírico de singular valor, que destacó en dos o tres géneros, menores para la época en que transcurrió la vida del cordobés, pero de especial importancia en nuestros días. En efecto, Góngora consideró siempre sus letrillas, sus romances y sus pequeños poemas burlescos o puramente líricos, como un pasatiempo vulgar. No los coleccionó siquiera, ni menos pensó en darlos a la estampa. Dos buenos amigos suyos, guardianes de su fama, trataron de que esos versos no se corrompieran en copias manuscritas: don Juan López de Vicuña editó el mismo año de la muerte del cordobés el primer volumen de sus *Obras*, recogidas en veinte años de diligencias, y por su parte, Pedro Espinosa, incluyó algunos poemas de Góngora en sus «Flores de poetas ilustres de España» (1605).

En cambio, Góngora se dió a la tarea de pulir cuidadosamente, de bruñir, diríamos mejor, unas cuantas obras «de arte mayor», en las cuales cifraba su orgullo como escritor. Estas obras son las dos «Soledades» que de él tenemos—el plan abarcaba dos más, que no fueron escritas—y su «Polifemo». También en este rubro pueden entrar algunos de sus sonetos, los más ininteligibles, y su «Panegírico al duque de Lerma», concienzudo trabajo al cual la fama de don Luis nada debe.

Y el destino ha venido, en este caso como en muchos otros, a echar por tierra los sueños del autor. La posteridad se aparta de las «Soledades», cuya densidad es casi insoportable y en las cuales admira sólo reducidos fragmentos, y del «Polifemo» y de todo aquello, en fin, en que el cordobés cifró su orgullo de poeta culto y que quiso presentar a los siglos como mármol en que todas las envidias mellaran su diente.

Pero apartemos de la obra de Góngora todos estos poemas confusos, difíciles de leer, en que hay más paciente artificio y gala que emoción, y consideremos sus trabajos menores. Siempre tendremos un poeta inmenso, como hay pocos en lengua española. Su ingenio chispeante, sus gracias de tan agradable liviandad, sus sátiras a los vicios y costumbres de la corte, el soplo lírico que circula por los versos de sus romances, el vigor y el opulento colorido de las imágenes que a cada paso llaman la atención del lector, la finura de los matices que perciben sus pupilas: todo lo que hace grande la poesía de un poeta aparece en estos trabajos que han menospreciado tantos hombres, comenzando por su mismo autor.

El centenario de Góngora tiene una virtud que no podremos olvidar: atrae hacia el estudio de la obra gongorina a multitud de críticos y de estudiosos. Miguel Artigas reúne en un admirable libro cuantas noticias hay sobre la vida obscura del poeta. Dámaso Alonso edita en espléndido volumen las «Soledades» de don Luis, comentadas con entusiasmo de poeta y sutileza de crítico de verdad. Y otros escritores y eruditos nos anuncian en siete tomos más las otras obras de Góngora, esclarecidas con comentarios o, por lo menos, reimpresas con cuidado y discreción elegante.

A continuación se publican algunos de los poemas más hermosos de Góngora, representativos de los diversos géneros que abarcó tan admirable ingenio, y escogidos entre los menos divulgados de cuantos escribió el poeta cordobés.—S.

SONETO XXXVII

Descaminado, enfermo, peregrino,
en tenebrosa noche, con pie incierto
la confusión pisando del desierto,
voces en vano dió, pasos sin tino.

Repetido latir, si no vecino,
distinto oyó de can siempre despierto,
y en pastoral albergue mal cubierto
piedad halló, si no halló camino.

Salió el sol, y entre armiños escondida,
 soñolienta beldad con dulce saña
 salteó al no bien sano pasajero,
 pagara el hospedaje con la vida;
 más le valiera errar por la montaña
 que morir de la muerte que yo muero.

SONETO XL

La dulce boca que a gustar convida
 un humor entre perlas destilado
 y a no envidiar aquel licor sagrado
 que a Júpiter ministra el garzón de Ida,
 amantes no toquéis si queréis vida;
 porque entre un labio y otro colorado
 amor está, de su veneno armado,
 cual entre flor y flor sierpe escondida.

No os engañen las rosas, que al aurora
 diréis que, aljofaradas y olorosas,
 se le cayeron del purpúreo seno;

manzanas son de Tántalo y no rosas,
 que después huyen del que incitan hora,
 y sólo del amor queda el veneno.

SONETO XLIV

Mientras por competir con tu cabello,
 oro bruñado, el sol relumbra en vano;
 mientras con menosprecio en medio el llano
 mira tu blanca frente al lilio bello;

mientras a cada labio, por cogello,
 siguen más ojos que al clavel temprano,
 y mientras triunfa con desdén lozano
 del luciente marfil tu gentil cuello;

goza cuello, cabello, labio y frente,
antes que lo que fué en tu edad dorada
oro, lilio, clavel, marfil luciente,
no sólo en plata o viola truncada
se vuelva, mas tu y ello juntamente
en tierra, en humo, en polvo, en sombra, en nada.

SONETO CLXVII

A una rosa.

Ayer naciste y morirás mañana.
Para tan breve ser ¿quién te dió vida?
¡Para vivir tan poco estás lucida,
y para no ser nada estás lozana!
Si te engañó tu hermosura vana,
bien presto la verás desvanecida,
porque en esa hermosura está escondida
la ocasión de morir muerte temprana.
Cuando te corte la robusta mano,
ley de la agricultura permitida,
grosero aliento acabará tu suerte.
No salgas, que te aguarda algún tirano;
dilata tu nacer para tu vida;
que anticipas tu sér para tu muerte.

SONETO CLXXXI

*Porque salió el sol estando con
una dama, y le fué forzoso dejarla.*

Ya besando unas manos cristalinas,
ya anudándome a un blanco y liso cuello,
ya esparciendo por él aquel cabello
que Amor sacó entre el oro de sus minas;
ya bebiendo en aquellas piedras finas
palabras dulces mil sin merecello,

ya cogiendo en cada labio bello
 purpúreas rosas sin temor de espinas,
 estaba, oh claro sol, envidioso,
 cuando tu luz, hiriéndome los ojos,
 mató mi gloria y acabó mi suerte.

Si el cielo ya no es menos poderoso,
 porque no den los tuyos más enojos,
 rayos, como a tu hijo, te den muerte.

DÉCIMAS BURLESCAS

Cuán venerables que son,
 cuán digno de reverencia,
 las tocas de la apariencia,
 el manto de la opinión;
 ¡oh Coridón, Coridón!
 Venza las tórtolas Dido
 en uno y otro gemido,
 turbe el agua a lo viudo;
 que a fe que el hierro desnudo
 desmienta al monjil vestido.

De un serafín quintañón
 el menos hoy blanco diente,
 si una perla no es luciente,
 es un desnudo piñón;
 ¡oh Coridón, Coridón!
 Antojos calzáis de necio,
 pues no entendéis a Vejecio;
 pero entenderéislo al fin
 si el quintañón serafín
 muerde tosco o tose recio.

Galán no pasea el balcón
 de la reclusa doncella
 que no lo conozca ella,
 y no conoce varón;

¡oh Coridón, Coridón!
Fresco estáis, no sé que os diga,
si el amor por lo que obliga
un conocimiento desos,
le sacó prendas con huesos
del cofre de la barriga.

Solicita devoción
el rostro de la beata,
el geme, digo, de plata,
engastado en un griñón;
¡oh Coridón, Coridón!
No hay flor de abeja segura;
poca plata es su figura,
poca; mas con todo eso,
en oro le paga el peso
quien en cuartos la hechura.

Tejiendo ocupa un rincón
Penélope, mientras yerra
por mar Ulises, por tierra
cenizas ya el Ilión;
¡oh Coridón, Coridón!
Ella en tierra y él en mar
papillas pudieran dar
a un gitano, puesto que él
menos urdió en su bajel
que ella tejió en su telar.

LETRILLA LÍRICA

*No son todos ruseñores
los que cantan entre flores,
sino campanitas de plata,
que tocan al alba,*

*sino trompeticas de oro
que hacen la salva
a los soles que adoro.*

No todas las voces ledas
son de sirenas con plumas
cuyas humildes espumas
son las verdes alamedas,
si suspendido te quedas
a los suaves clamores.

No son todos, etc.

Lo artificioso, que admira,
y lo dulce, que consuela,
no es de aquel violín que vuela
ni desotra inquieta lira;
otro instrumento es quien
tira de los sentidos mejores.

*No son todos ruiseñores
los que cantan entre flores,
sino campanitas de plata,
que tocan al alba,
sino trompeticas de oro,
que hacen la salva
a los soles que adoro.*

LETRILLA BURLESCA

*Dineros son calidad,
verdad.
Más ama quien más suspira,
mentira.*

Cruzados hacen cruzados,
escudos pintan escudos,
y tahures muy desnudos
con dados ganan condados;
ducados dejan ducados
y coronas majestad *,
verdad.

Pensar que uno solo es dueño
de puerta de muchas llaves,
y afirmar que penas graves
las paga un mirar risueño,
y entender que no son sueño
las promesas de Marfira,
mentira.

Todo se vende este día,
todo el dinero lo iguala;
la corte vende su gala,
la guerra su valentía;
hasta la sabiduría
vende la Universidad,
verdad.

No hay persona que hablar deje
al necesitado en plaza;
todo el mundo le es mordaza,
aunque él por señas se queje;
que tiene cara de hereje
sin se la necesidad,
verdad.

Siendo como un algodón
nos jura que es como un hueso,

* Cruzado, escudo, ducado y corona son nombres de monedas de la época.

y quiere probarnos eso
 con que es su cuello almidón,
 goma su copete y son
 sus bigotes alquitira,
mentira.

Cualquiera que pleitos trata,
 aunque sean sin razón,
 deje el río Marañón
 y entre el de la Plata;
 que hallará corriente grata
 y puerto de claridad,
verdad.

Siembra en una artesa berros
 la madre, y sus hijas todas
 son perros de muchas bodas
 y bodas de muchos perros;
 y sus yernos rompen hierros
 en la toma de Algeciras,
mentira.

OTRA

Milagros de corte son.
 Que tenga el engaño asiento
 cerca de alguna grandeza,
 y que pueda la riqueza
 dar a un necio entendimiento;
 que perezca el buen talento
 si a decir verdad aspira,
 y que tenga la mentira
 título de adulación,
milagros de corte son.

Que don Milano afeitado
ajeno linaje infame,
y que Mendoza se llame
por lo que tiene de Hurtado;
que diga ser más soldado
que en su tiempo el de Pescara,
y que se llama Guevara
el que no es más que Ladrón,
milagros de corte son.

Que el soldado de Pavia
cuente y jure hazañas grandes
porque tuvo niño en Flandes
achaques de alferecía;
su caudal es bizarría,
y por lo bravo se llama
al dormir, león sin cama,
y al comer camaleón.
Milagros de corte son.

Que la dama escabechada
preste al aire trenzas rojas
y que engañe con las hojas
como parra vendimiada;
que la píldora dorada,
receta de mano suya,
con afeite de aleluya,
cubra arrugas de pasión,
Milagros de corte son.

Que no vean mil maridos
cosas que las verá un ciego,
y que a las voces del fuego
quieran tapar los oídos;
que se precien de entendidos

y presuman de valientes,
y no fueren más pacientes
los asnos de San Antón,
milagros de corte son.

Que estés, Amor, tan quebrado
y tan corto de caudal,
que ya te pidan señal
como a cuerpo endemoniado;
que te precies de letrado,
aunque los aires penetras
y escriban todas tus letras
en la estampa de un doblón,
Milagros de corte son.

OTRA

No sé qué me diga, diga.
Que el príncipe Belisardo
ayer venga de la rota,
y sin venille la flota
ande lozano y gallardo;
que ayer vista sayo pardo
y hoy cadena de oro saque,
y que sin tener achaque,
en la mano traiga liga,
no sé qué me diga, diga.

Que ande doña Berenguela
de día compuesta en coche,
y por gatera de noche,
hecha norte y centinela;
que esté de continuo en vela,
y después al desposado
le den el trigo cegado
creyendo que está en espiga,
no sé qué me diga, diga.

Que traiga doña Doncella
consigo cierto embarazo,
y diga que es mal de bazo
y el padre venga a creella
y mire mucho por ella
y le riña porque bebe;
mas al cabo de los nueve
no tenga tanta barriga,
no sé qué me diga, diga.

LETRILLA LÍRICA

*Las flores del romero,
niña Isabel,
hoy son flores azules,
mañana serán miel.*

Celosa estás, la niña,
celosa estás de aquel
dichoso, pues lo buscas,
ciego, pues no te ve.

Ingrato, pues te enoja
y confiado, pues
no se disculpa hoy
de lo que hizo ayer.

Enjuguen esperanzas
lo que lloras por él;
que celos entre aquellos
que se han querido bien,
*hoy son flores azules,
mañana serán miel.*

Aurora de ti misma,
que cuando amanecer
a tu placer empiezas,
se eclipsa tu placer.

Serénense tus ojos,
y más perlas no des,
porque al sol le está mal
lo que al aurora bien.

Desata como nieblas
todo lo que no ves;
que sospechas de amantes
y querellas después,
hoy son flores azules,
mañana serán miel.

OTRA

La más bella niña
de nuestro lugar,
hoy viuda y sola
y ayer por casar,
viendo que sus ojos
a la guerra van,
a su madre dice,
que escucha su mal:
Dejadme llorar
orillas del mar.

Pues me distes, madre,
en tan tierna edad
tan corto el placer,
tan largo el pesar,

y me cautivaste
de quien hoy se va
y lleva las llaves
de mi libertad,
*dejadme llorar
orillas del mar.*

En llorar conviertan
mis ojos de hoy más
el sabroso oficio
del dulce mirar,
pues que no se pueden
mejor ocupar,
yéndose a la guerra
quien era mi paz.
*Dejadme llorar
orillas del mar.*

No me pongáis freno
ni queráis culpar;
que lo uno es justo,
lo otro por demás.
Si me queréis bien,
no me hagáis mal;
harto peor fué
morir y callar.
*Dejadme llorar
orillas del mar.*

Dulce madre mía,
¿quién no llorara
aunque tenga el pecho
como un pedernal,
y no dará voces
viendo marchitar

los más verdes años
de mi mocedad?

*Dejadme llorar
orillas del mar.*

Váyanse las noches
pues ido se han
los ojos que hacían
los míos velar;

váyanse y no vean
tanta soledad
después que en mi lecho
sobra la mitad.

*Dejadme llorar
orillas del mar.*

ROMANCE

Castillo de San Cervantes,
tú que estás junto a Toledo,
fundóte el rey don Alonso
sobre las aguas del Tejo.

Robusto, si no galán,
mal fuerte, peor dispuesto,
pues que tienes más parientes
que un hijo de un racionero.

Lampiño debes de ser,
castillo, si no estoy ciego,
pues siendo de tantos años,
sin barba cana te veo.

Contra ballestas de palo
dicen que fuiste de hierro,
y que anduviste muy hombre
con dos morillos honderos.

Tiempo sué, papeles hablen,
que te respetaba el reino

por juez de apelaciones
de mil católicos miedos.

Ya menospreciado ocupas
la esperanza de ese cerro,
mohoso como en diciembre
el lanzón del viñatero.

Las que ya fueron corona
son alcándara de cuervos,
almenas, que como dientes,
dicen la edad de los viejos.

Cuando más mal de ti diga,
dejar de decir no puedo,
si no tienes fortaleza,
que tienes prudencia al menos.

Tú, que a la ciudad mil veces,
viendo los moros de lejos,
sin ser Espíritu Santo,
hablaste en lenguas de fuego,

en las orillas agora
del sagrado Tajo viendo
debajo de los membrillos
engerirse tantos miembros,

lo callas a los maridos,
que es mucho a fe. por aquello
que tienes de San Cervantes
y que ellos tienen de ciervos.

Entre todas las mujeres
serás bendito, pues siendo
en el mirar atalaya,
eres piedra en el silencio.

Mira, Castillo de bien,
que hagas lo que te ruego,
aunque te he obligado poco
con dos docenas de versos.

Cuando la bella terrible,
hermosa como los cielos,

y por decillo mejor,
áspera como su pueblo,
si alguna tarde saliere
a desfrutar los almendros,
verdes primicias del año
y dulcísimo alimento;
si de las aguas del Tajo
hace a su beldad espejo,
ofrécele tus ruinas
a su altivez por ejemplo;
háblale mudo mil cosas
que bien sabrás, pues sabemos
que a palabras de edificios
orejas los ojos fueron.

Dirásle que con tus años
regule sus pensamientos;
que es verdugo de murallas
y de bellezas el tiempo;

que no crean a las aguas
sus bellos ojos serenos,
pues no la han lisonjeado
cuando la murmuran luego.

Que no líe de los años
ni aun un mínimo cabello,
ni le perdone los suyos
a la ocasión, que es gran yerro.

Que no se duerma entre flores;
que recordará el sueño
mordida del desengaño
y del arrepentimiento;

y abrirá entonces la pobre
los ojos, ya no tan bellos,
para bailar con su sombra
pues no quiso con su cuerpo.

¡Oh, qué diría de ti,
si tu le dijese esto,

antigualla venerable,
si no quieres ser trofeo!
 Mi musa te antepondrá
a San Angel y San Telmo,
aunque no quisiese Roma
y Malta quisiese menos;
 que aunque te han desmantelado,
y no con tantos pertrechos,
a tulliduras de grajos
te defenderás más presto.

OTRO

Agora, que estoy despacio,
cantar quiero en mi bandurria
lo que en más grave instrumento
cantara, mas no me escuchan.

 Arrímense ya las veras
y celébrese las burlas;
pues da el mundo en niñerías,
al fin como quien caduca.

 Libre un tiempo y descuidado,
amor, de tus garatusas,
en el coro de mi aldea
cantaba mis aleluyas;

 con mi perro y mi hurón
y mis calzas de gamuza,
por ser recias para el campo
y por guardar las velludas,

 fatigaba el verde suelo,
donde mil arroyos cruzan
como sierpes de cristal
entre la yerba menuda,

 ya cantando orilla el agua,
ya cazando en la espesura

del modo que se ofrecían
los conejos o las musas.

Volvía de noche a casa,
dormía a sueño y soltura,
no me despertaban penas
mientras me dejaban pulgas;

en la botica otras veces
me daba muy buenas zurras
del triunfo con el alcalde,
del ajedrez con el cura;

gobernaba de allí el mundo,
dándole a soplos ayuda
a las católicas velas
que el mar de Bretaña surcan;

y hecho otro nuevo Alcides,
trasladaba sus columnas
del Gibraltar al Japón
con su segundo *plus ultra*;

daba luego vuelta a Flandes,
y de su guerra importuna
atribuía la palma,
ya a la fuerza, ya a la industria;

y con el beneficiado,
que era doctor por Osuna,
sobre Antonio de Lebrija
tenía cien mil disputas.

Argüíamos también,
metidos en más honduras,
si se podían comer
espárragos sin la bula.

Veníame por la plaza,
y de paso vez alguna
para mí compraba pollos,
para mis vecinas turmas.

Comadres me visitaban,
que en el pueblo tenía muchas;

ellas me llaman compadre
y taita sus criaturas.

Lavábanme ellas la ropa
y en las obras de costura
ellas ponían el dedal
y yo ponía la aguja.

La vez que se me ofrecía
caminar a Extremadura,
entre las más ricas de ellas
me daban cabalgadura.

A todas quería bien,
con todas tenía ventura
porque a todas igualaba
como tijeras de murta.

Esta era mi vida, Amor,
antes que las flechas tuyas
me hicieran su herrero
y blanco de desventuras.

Enseñásteme, traidor,
la mañana de San Lucas
en un rostro como almendras
ojos garzos, trenzas rubias.

Tales eran trenzas y ojos,
que tengo por muy sin duda
que cayera en tentación
un viejo con estangurria.

Desde entonces acá sé
que matas y que aseguras,
que das en el corazón
y que a los ojos apuntas;

sé que nadie se te escapa,
pues cuando más de ti huya,
no hay vara de Inquisición
que así halle al que tú buscas;

sé que es tu guerra civil
y sé que es tu paz de Judas;

que esperas para batalla
y convidas para justa;

sé que te armas de diamante
y nos das lanzas de juncia,
y para arneses de vidrio
espada de acero empuñas;

sé que es la del rey Fineo
tu mesa, y tu cama dura
potro en que nos das tormento;
tu sueño, sueño de grullas;

sé que para el bien te duermes
y que para el mal madrugas,
que te sirves como grande
y que pagas como mula.

Perdona pues, mi bonete;
no muestres en él tu furia;
válgame esta vez la Iglesia;
mira que te descomulga.

Levantas el arco y vuelves
de tus saetas las puntas
contra los que sus juicios
significan bien tus plumas;

mas con los que ciñen armas
bien callas y disimulas;
de gallina son tus alas.
Vete para hideputa.

OTRO

Aquel rayo de la guerra,
alférez mayor del reino,
tan galán como valiente
y tan noble como fiero,
de los montes envidiado,
y admirado de los viejos,
y de los niños y el vulgo

señalado con el dedo;

el querido de las damas
por cortesano y discreto,
hijo hasta allí regalado
de la fortuna y el tiempo;

el que vistió las mezquitas
de venturosos trofeos,
el que pobló las mazmorras
de cristianos caballeros;

el que dos veces armado
más de valor que de acero,
a su patria libertó
de dos peligrosos cercos;

el gallardo Abenzulema
sale a cumplir el destierro
a que le convida el Rey,
o el Amor, que es lo más cierto.

Servía a una mora el moro
por quien el Rey anda muerto,
en todo extremo hermosa
y discreta en todo extremo.

Dióle unas flores la dama,
que para él flores fueron,
y para el celoso Rey
yerbas de mortal veneno,

pues de la yerba tocado,
lo manda desterrar luego,
culpando su lealtad
para disculpar sus celos.

Sale pues el fuerte moro
sobre un caballo overo,
que al Guadalquivir el agua
le bebió y le pació el heno,

con un hermoso jaez,
rica labor de Marruecos,

las piezas de filigrana,
la mochila de oro y negro.

Tan gallardo iba el caballo,
que el grave y airoso huello
con ambas manos medía
lo que hay de la cincha al suelo.

Sobre una marlota negra
un blanco albornoz se ha puesto,
por vestirse los colores
de su inocencia y su duelo.

Bordó mil hierros de lanzas
por el capellar, y en medio
en arábigo una letra,
que dice: «Estos son mis yerros».

Bonete lleva turquí,
derribado al lado izquierdo,
y sobre él tres plumas presas
de un precioso camafeo.

No quiso salir sin plumas,
porque vuelen sus deseos,
si alguien le quita la tierra
también no le quita el viento.

No lleva más de un alfange,
que le dió el Rey de Toledo,
porque para un enemigo
él le basta y su derecho.

Destá suerte sale el moro
con animoso denuedo
en medio de los alcaides
de Arjona y de Marmolejo.

Caballeros le acompañan,
y le sigue todo el pueblo,
y las damas por do pasa
se asoman llorando a verlo.

Lágrimas vierten agora
de sus tristes ojos bellos

las que desde sus balcones
aguas de olor le vertieron.

La bellísima Balaja,
que llorosa en su aposento,
las sinrazones del Rey
le pagaban sus cabellos,
como tanto estruendo oyó,
a un balcón salió corriendo,
y enmudecida le dijo,
dando voces con silencio:

«Vete en paz, que no vas solo,
y en tu ausencia ten consuelo;
que quien te echa de Jaén
no te echará de mi pecho».

El con el mirar responde:
«Yo me voy y no te dejo;
de los agravios del Rey
para tu firmeza apelo».

En esto pasó la calle,
los ojos atrás volviendo
cien mil veces, y de Andújar
tomó el camino derecho.

Hombres, ideas y libros

Si le Grain ne meurt, de André Gide

(Especial para ATENEA)

SE trata del libro quizás más importante en el conjunto de la obra de un autor de primera fila: André Gide.

En *Si le Grain ne meurt* André Gide nos da con sinceridad desconcertante la historia y la explicación de su vida y de su obra.

Es la primera vez que un escritor nos da así su confesión *intelectual* (en oposición con la confesión sentimental apasionada de un Rousseau), y nada hay más cautivante como esta vida analizada por uno de los espíritus más agudos, más sensibles, y más audaces de nuestra época. Tanto más que lo que algunos le reprochan a André Gide—la falta en sus memorias del elemento patético, trágico, fatal—es a nuestros ojos un elemento más de belleza: el optimismo de Gide, la felicidad que persiste en sentir en las situaciones más angustiosas, más escabrosas, ese extraordinario equilibrio vital de un hombre que ha sabido fabricarse una normalidad dentro de lo anormal. Nos produce intenso placer.

Si le Grain ne meurt fué editado por las ediciones de la Nouvelle Revue Française algunos años atrás, y permaneció en las bóvedas de la librería: Gide se resistía a darlo al público. Unos fragmentos publicados en la Revista de la Nouvelle Revue Française en 1921 no lo tranquilizaron: pero su último viaje a África

ha influido en Gide extraordinariamente, y vemos ya en él a un hombre únicamente preocupado de un gran ideal de sinceridad y vida honda. Una frase de *Si le Grain ne meurt* ilumina todo un aspecto del alma de Gide: «No le dije adiós a Cristo sin una especie de desgarramiento; de modo que dudo ahora de haberme alejado de él completamente...» De origen protestante, educado él mismo en esa severa religión, intensamente místico hasta los veinte años, la preocupación religiosa ha permanecido intensa en Gide. Es curioso verlo sospechar la intervención del demonio «le diable...» en las circunstancias que lo arrastraron al vicio que tan abiertamente confiesa... Lo que menos me sorprendería ahora sería ver a Gide volver declaradamente a la fe cristiana; *Si le Grain ne meurt* me parece tener todas las características del examen de conciencia más lucido, con todas las aspiraciones del caso a una redención final.

En este corto estudio de esa obra trascendente, abusaremos de las citas: creemos hacerle así un servicio al lector, pues *Si le Grain ne meurt* se publicó en edición limitada a seis mil ejemplares, totalmente agotados a la fecha. Es pues dudoso que se encuentren en Chile. Pero el libro es tan compacto, que no podremos dar de él una visión total: sólo señalaremos las cumbres, los puntos esenciales.

Vemos en él el ambiente en que Gide se educó, conocemos a sus padres y parientes, a sus amigos, sus profesores; describe minuciosamente las casas en que ha vivido, sus residencias de veraneo, sus juegos de niño, sus estudios, sus lecturas. Su madre fué una mujer excesivamente puritana, y Gide, muchacho enfermizo, tuvo dos pasiones dominantes: la música y la historia natural. Vivía entre pájaros, plantas, animalejos de toda clase, incluso lauchas blancas, pececillos, etc.

Y vemos en *Si le Grain ne meurt*, la génesis de todas las obras del gran escritor.

Pero esos son puntos de historia: dediquémonos más bien a las extraordinarias revelaciones psicológicas que contiene el libro. Gide sabe mostrarnos todos los planos que tiene en nosotros un sentimiento. Cómo habrá sido de dolorosa la sinceridad con

que analiza sus sentimientos, cuando sólo al leer algunos fragmentos de la obra, se refuerzan en nosotros los prejuicios y los falsos pudores!

Empecemos:

«En la edad inocente en que se quisiera que toda el alma
« no sea sino transparencia, ternura y pureza, sólo veo en mí
« sombra, fealdad, hipocresía...» Y nos cuenta cómo en el jardín del Luxemburgo se entretenía en pisotear los montones de arena que hacían los otros niños. Todos hemos conocido chiquillos así. Más lejos, cuenta cómo, un día que su madre le decía: dale un beso a tu prima... el chiquitín de cuatro años le da en el hombro un gran mordisco. «La prima gritó de dolor; yo, de horror. Manaba sangre. Yo escupí con asco...»

Sutilísima análisis de lo que eran para él, de niño, temas de excitación sexual:

«Lo más frecuentemente, una profusión de colores o de sonidos
« extraordinariamente agudos y suaves; a veces también la idea
« de un trabajo urgente, con el cual se cuenta, que se espera de
« mí, que yo no hago, y al cual imagino en vez de hacerlo; era
« también, muy próxima, la idea de destrucción, bajo la forma de
« juguetes predilectos que yo rompía...»

Es sensible sólo dar una *muestra* de lo que ocupa en el libro páginas de agudo análisis.

De las *declaraciones* que hace Gide sobre sí mismo, daremos la más importantes. He aquí una: «La alegría, en mí, siempre
« triunfa; es por eso que mis llegadas son más sinceras que mis
« partidas. Al momento de partir, a menudo no es decente que
« yo muestre mi contento...» Nos permitiremos agregar un recuerdo personal. El último verano, tuvimos la buena suerte de pasar diez días en el campo con André Gide. Llegó el día de los adioses. En los ojos de André Gide, detrás de los anteojos, unos gruesos lagrimones. Como brillan esos ojos... Como brillan... Entonces Gide estrecha la mano de los presentes, diciendo: «me voy... he dado mi medida...» Y tuve el presentimiento que vuelto las espaldas, el bárbaro de Gide se reía...

Otro aspecto:

«Los dolores personales no son los que me pueden arrancar
«lágrimas; mi rostro entonces permanece seco, a pesar de lo an-
«gustiado que está mi corazón. Es que siempre una parte de mí
«mismo tira hacia atrás, mira a la otra, burlándose, y di-
«ciéndole: Vamos... no eres tan desgraciado...» Encontramos la
aplicación patética, casi infernal, de esos terribles dobleces de la
sensibilidad en el relato que André Gide nos hace de la muerte de
su madre. Pero veamos primero lo que fué Madame Gide: una de
esas mujeres de alma tan diáfana, de corazón tan leal, de espíritu
tan frío, que todo lo congelan a su alrededor... La vemos cui-
dando de su hijo como de una hija, cerrar la biblioteca con llave,
y el día que le permite coger un libro, el muchacho debe leerlo
en su presencia, evitando ciertos pasajes: se trataba de poemas
de Teófilo Gautier... Gide la admiraba y la temía: «Iba siempre
«esforzándose hacia algún bien, hacia algo mejor, y no se re-
«posaba nunca en la satisfacción de sí misma. No le bastaba
«ser modesta; sin cesar trabajaba en disminuir sus imperfeccio-
«nes, o las que sorprendía en el prójimo, en corregirse, ins-
«truirse. Mientras vivió mi padre, todo esto se fundía en un
«gran amor. Su amor hacia mí era apenas menos grande, pero
«toda la sumisión que le había profesado a mi padre, la exigía
«ahora de mí. Nacían conflictos, que me ayudaban a creer que
«yo sólo me parecía a mi padre...»

Más lejos, dice que su madre sólo amaba en la gente las
mejoras que pensaba efectuar en su carácter...

Gide nos describe su muerte:

«Creo que me reconoció, pero parecía no tener ya concien-
«cia de la hora ni del lugar, ni de sí misma, ni de los seres
«que la rodeaban, pues no demostró sorpresa de mi venida,
«ni alegría de verme. Su rostro no estaba muy cambiado, pero
«sus miradas eran vagas, al punto que se podía creer que ese
«cuerpo que aun habitaba había dejado de pertenecerle. Aque-
«llo era tan extraño que sentí más estupor que piedad. Almo-
«hadones la mantenían medio sentada, y, sobre una gran car-

«peña abierta, trataba de escribir. Esa inquieta necesidad de
 «intervenir, de aconsejar, de convencer, la atormentaba aún;
 «parecía muy agitada, y el lápiz que tenía en mano corría so-
 «bre la hoja de papel blanco, pero sin trazar ya signo alguno.
 «Y nada era más doloroso que la inutilidad de ese esfuerzo
 «supremo. Traté de hablarle, pero mi voz ya no le llegaba, y
 «cuando ella trataba de hablar, no podía distinguir sus pala-
 «bras. Deseoso de verla descansar, retiré la carpeta y el papel,
 «pero su mano siguió escribiendo en la sábana. Se adormiló
 «al fin poco a poco, se distendió su fisonomía, dejaron de agi-
 «tarse sus manos. Y de pronto, mirando esas pobres manos
 «que acababa de ver luchar tan desesperadamente, las imaginé
 «en el piano, y la idea que ellas también habían aplicado antes
 «su esfuerzo en expresar ellas también un poco de poesía, de
 «música, de belleza... esa idea me llenó al momento de inmensa
 «veneración, y cayendo de rodillas al pie de la cama, hundi
 «mi rostro en las sábanas para ahogar mi sollozos».

Recordemos que Gide ha dicho que sus dolores personales no le arrancan lágrimas, que su personalidad se desdobla, y se mofa de su desgarramiento:

«De modo que no era el sentimiento de mi duelo el que tras-
 «tornaba mi alma (para ser sincero, estoy obligado a confesar
 «que ese duelo no me entristecía mucho; o si se quiere, me
 «entristecía ver sufrir a mi madre, pero no mucho el dejarla...)
 «No, no era de tristeza que yo lloraba, pero de admiración
 «hacia ese corazón que no se entregó jamás a nada vil...

... «Era evidente que mi madre no recobraría conocimiento.
 «Así, no llamé a mis tías, quería velarla yo solo. María (la cria-
 «da) y yo la asistimos en sus últimos instantes, y cuando dejó
 «de latir su corazón, sentí hundirse mi ser entero en un abismo
 «de amor, de desesperación y de libertad».

Quiero dejar al lector sobre la impresión de ese trozo, uno de los más crueles y patéticos que se hayan escrito en todos los idiomas.

En el próximo artículo, hablaré aún de *Si le Grain ne meurt*,

especialmente de lo que nos revela Gide de su formación literaria, de sus amistades con grandes escritores como Mallarmé, su amistad con Pierre Louys, sus viajes a África, su encuentro con Wilde. Y, al fin, su amor por su prima Emmanuele.

MARCELLE AUCLAIR.

La quimioterapia en el Instituto Pasteur

Especial para ATENEA.

SE sabe que después de los descubrimientos hechos por Pasteur sobre los microbios del carbón y de la rabia, el Instituto Pasteur había sido fundado para generalizar los principios de las vacunas. La vacuna contra la rabia, inventada por Pasteur, que permanece siendo el gran ejemplo de ese método, indica con claridad un sistema homeopático: utilizando microbios debilitados, se pone al organismo en situación de reaccionar, por sus propios medios de defensa, en contra de los microbios virulentos de la misma enfermedad. Luego, y cuando Pasteur vivía aún, el método vecino, la Seroterapia, vino añadirse al precedente: el suero de un animal, inoculado en dosis débil, y que ha triunfado de la enfermedad, viene en socorro de un organismo amenazado por la misma enfermedad. La primera vacuna era sólo preventiva; el suero puede ser curativo.

Continuando esa evolución en el mismo sentido, se llegó luego a aplicar, tanto en el Instituto Pasteur como en la Facultad de Medicina de París, y en particular por Brown-Séguard, el principio de la opoterapia, o medicación por las glándulas o extracto de glándulas. En el dominio público han llegado a ser conocidas la tiroidina, o extracto de glándulas tiroideas, y los extractos de glándulas surrenales. El célebre injerto genital del Doctor Voronoff parece una aplicación análoga.

Pero el extracto de glándulas surrenales fué vuelto a componer químicamente: era la adrenalina. Era natural emplear el producto químico en vez del producto obtenido por un organismo vivo.

Igualmente ciertos médicos combatían la insuficiencia digestiva del estómago dándole por ingestión ácido clorídrico muy mezclado con agua. El conocimiento preciso de los productos químicos que el organismo elabora, de las perturbaciones que la enfermedad produce en esta química, iba muy luego a explicar, desarrollar y extender, remedios descubiertos empíricamente como el arsénico y el bismuto.

No se vaya a pensar que el estudio de los microbios deba ceder paso a una terapéutica basada únicamente en el análisis químico. La medicina preventiva, el estudio de las condiciones de propagación de las enfermedades, el estudio sobre los animales de los efectos de las enfermedades, se han desarrollado extraordinariamente. Por lo demás, una aplicación de inmensa importancia permite hoy generalizar y mejorar infinitamente el diagnóstico de las bacterias diversas: es la microfotografía. En el Instituto Pasteur, un especialista habilísimo, el Doctor Jantet, ha conseguido, en ese arte delicado, éxitos importantes para el porvenir de la microbiología.

La cultura de los microbios y la multiplicidad de los experimentos sobre animales permanece sumamente necesaria por dos razones:

1.º Ignoramos los efectos de los cuerpos químicos sobre el organismo, y dos combinaciones muy vecinas producen a veces sin razón aparente efectos muy diferentes.

2.º Mientras el efecto de un cuerpo químico no es conocido, sus condiciones de asimilación son muy caprichosas; es pues preciso ensayar en series complejas de animales.

He aquí como procede el Instituto Pasteur:

Opera primero en lauchas, animal de manipulación fácil y que resiste a las infecciones secundarias (es decir, que la antisepsia de los puntos de inoculación y de los instrumentos es inútil con él). Para un remedio dado, se establece la dosis máxima pre-mortal. Para pasar más fácilmente de un individuo o de una especie a otros, se inscribe esta dosis como una relación entre el peso del cuerpo químico y el peso del cuerpo del animal. Por ejemplo, si la dosis peligrosa es de un gramo para

una laucha de cien gramos, se dice que la dosis es de uno por ciento. Después se ensaya con una dosis mucho menor. Y si se muestra más rápida, se establece cual es la dosis mínima que sana definitivamente al animal en un tiempo dado. Una vez establecida esta dosis (y se le debe sacrificar un gran número de lauchas), se van haciendo experimentos más restringidos ascendiendo en la jerarquía de los animales, (perros, monos), y al fin el hombre.

Uno de los caracteres más curiosos de este método es sin duda éste: mientras todos los otros métodos, incluso la seroterapia, parten de la enfermedad para buscar el remedio, la quimioterapia tiende más y más a partir de una combinación química asimilable para tentar asimilarla a las diversas enfermedades.

Un buen ejemplo de ese método puede ser dado por las recientes investigaciones sobre la tripanosomiasis o enfermedad del sueño. Los ingleses habían descubierto empíricamente los efectos útiles del ácido arsenioso; desgraciadamente la dosis útil era muy vecina a la dosis mortal. Los alemanes que son, más o menos lo mismo que los franceses, los promotores de la quimioterapia, habían encontrado una combinación bastante útil como preventivo: el 205 Bayer. Las relaciones científicas, habiendo estado suspendidas entre ambos países, habían impedido toda comunicación de la fórmula Bayer y toda garantía para las fórmulas francesas. Pero el Laboratorio Pasteur, descubriendo muy rápidamente la fórmula del 205 Bayer y enviándola a los alemanes, consiguió establecer una amistad científica más honrosa y más ventajosa para ambos países.

Otras investigaciones iniciadas a imitación de las investigaciones francesas y alemanas por los norteamericanos, habían dado como resultado una sustancia: la triparsamide, que presenta aún dos defectos: el de ser inyectado en las venas, es decir, en condiciones delicadas, y además de ser rechazado con excesiva rapidez por el cuerpo humano. El Instituto Pasteur, en una expedición salida de París y dirigida hacia su sucursal de Brazzaville, en el Congo, ha dado dos derivados arsenicales más efi-

caces y más fácil de inyectar, y sólo queda ahora que elegir entre ambos.

Para volver al método general, sería de desear que por grandes recursos materiales e innumerables experimentos animales, el mismo remedio sea ensayado para todas las enfermedades en que su eficacia es posible. Es así como uno de los más importantes descubrimientos del Instituto Pasteur, y que parece reemplazar definitivamente el 606 alemán, el Stovarsol de Fourneau, adaptado a la producción farmacéutica, por Jacques Tréfouel, después de haber conseguido sus primeros grandes éxitos como preventivo y curativo de la sífilis, se ha mostrado sumamente eficaz contra el paludismo y parece ahora deber serlo también contra la tuberculosis.

Por tales descubrimientos, por el método de investigación y la variedad de los recursos científicos que Monsieur Fourneau puede extraer de las ciencias diversas, (química-biológica, fisiología, toxicología), en las cuales es maestro, gracias también a la excelencia de sus colaboradores:—Mme. y Mr. Tréfouel, la Duquesa de Trévise,—el Instituto Pasteur ha podido guardar el primer lugar en quimioterapia, a pesar de sus débiles medios financieros, y sobrepasar a los laboratorios alemanes y americanos cuyos grandes recursos materiales ven restringir sus efectos por la exagerada especialización de sus sabios. Pero a pesar de todo, una organización común, el buen acuerdo para las investigaciones y la comunicación mutua de los descubrimientos, parece muy preferible a cualquier triunfo de amor propio nacional a los desinteresados inventores del Instituto Pasteur.

JEAN PRÉVOST.

Pro Educación Humanística

UN grupo de intelectuales ha dirigido al señor Ministro de Instrucción Pública y al Superintendente de Educación Nacional, la solicitud que damos a continuación:

«Hombres consagrados enteramente a tareas espirituales y sin otra ambición que el prestigio y progreso de la patria chilena, sentimos el deber de decir nuestra palabra en estos momentos trascendentales para el país, en que se emprende la reforma integral de nuestra educación.

La enseñanza nacional hasta ahora ha vivido sin verdadera orientación. En los estudios secundarios—malamente llamados humanidades—y que constituyen la base de la formación del alma nacional, ha dominado una desgraciada anarquía. Ellos no han perseguido fines utilitarios ni tampoco fines humanísticos; eran una mezcla híbrida de ambas tendencias y su resultado necesario no podía ser otro sino el fracaso.

La reforma, por eso, se impone. Pero, considerando por un lado la escasa espiritualidad de nuestra raza, y por otro, el desprestigio en que parecen haber caído los estudios humanísticos, a causa de las pseudo-humanidades conocidas en Chile, miramos con zozobra la posibilidad de que esta reforma tome un rumbo netamente utilitario.

No desconocemos la conveniencia de que la gran masa estudiantil—la que va a ser el nervio de la industria, del comercio, de la agricultura y, en general, de toda la vida material y económica del país—sea encaminada con ese rumbo.

Pero no bastan el músculo y la riqueza para hacer grande y próspera a una nación. Es preciso que haya también cerebros.

Es necesario formar pensadores, artistas y sabios, estadistas y profesionales de cultura superior, y tal finalidad no podrá alcanzarse fuera de una educación humanística sólida y bien orientada, de una verdadera educación humanística.

Hay más. Las modalidades éticas, intelectuales y artísticas constituyen el alma de un pueblo y, por consiguiente, a estos aspectos superiores de la vida humana debe todo Estado organizado y progresista dedicar sus mejores esfuerzos, procurando despertar, por lo menos, en una parte escogida de sus ciudadanos el amor entusiasta y desinteresado por el cultivo de esas nobles preocupaciones.

En estos momentos en que una ola de materialismo tiende a destruir las grandes conquistas culturales, nosotros nos atrevemos a abogar por los derechos del espíritu, porque pensamos que para formar una nacionalidad fuerte, con hondas raíces en el alma y en el suelo patrio, como lo fueron Grecia y Roma, como hoy lo son Alemania o Francia, no basta el solo desarrollo de las actividades materiales, ni la inoculación de un concepto utilitario de la vida en el espíritu de los jóvenes. Hácense indispensables, por el contrario, el estudio y comprensión de las fuentes mediterráneas de nuestra lengua, de nuestro pensar y de nuestro sentir, junto con la meditación razonada de nuestro medio ambiente: sólo así lograremos constituir una nacionalidad robusta y vital, porque la patria, en último análisis, no es sino una manifestación externa de la cultura de un pueblo.

Ahora bien, los altos valores culturales no se encarnan, propiamente, en la muchedumbre de una nación, sino en sus individualidades superiores—superiores por su alto nivel intelectual, moral y artístico—y, en consecuencia, el problema fundamental de la instrucción reside en la formación de esas individualidades superiores.

Concebimos la cultura humanística—única capaz de engendrar dicho tipo de hombres—como una cultura que posee un esencial sentido humano, o en otras palabras, una cultura que sin descuidar los fundamentos de las ciencias naturales y de las matemáticas, y sin menospreciar la educación física, consagra

su especial atención a los conocimientos que se refieren al hombre y a los grandes problemas de la vida. (Filosofía, incluyendo sus diversas ramas, metafísica, psicología, ética, estética, etc., historia, literatura comparada, historia del arte, lenguas clásicas y modernas, sociología, religión, etc.)

Una cultura de esta naturaleza tiene múltiples ventajas de orden intelectual, moral, artístico y social.

Provoca en la inteligencia un estado de constante curiosidad, lleva al individuo a formularse los capitales problemas de la vida y del mundo, y es fuente inexhausta de vida interior; despierta el espíritu de iniciativa y de lógica, enseña a inducir, a deducir, a coordinar, a pensar, en suma; y en fin, infunde esos hábitos de orden, de método, de claridad, tan raros entre nosotros, que repercuten en el pensamiento hablado y escrito.

El estudio y contemplación de las obras maestras del arte contribuye a desarrollar la sensibilidad artística y a formar el gusto estético, ensanchando los horizontes espirituales del individuo.

En las esferas de la moral individual y social la educación clásica produce, igualmente, bienhechoras influencias. En la filosofía y en la historia aprende el joven la relatividad de las cosas humanas; nace la ecuanimidad, la tolerancia, esa noble serenidad del espíritu que los griegos llamaban «sophrosyne» y que apreciaban como la más alta de las virtudes. Con ello se embellece la vida, se hacen gratas las relaciones sociales, y pierden su encono las luchas políticas. El contacto con las grandes figuras de la humanidad abate el narcisismo presuntuoso e infunde modestia; los elementos de comparación que ofrece el conocimiento de otros pueblos y costumbres contribuyen a la formación del criterio; la valorización de las cosas del espíritu, finalmente, es un importante factor de paz social, provoca el desinterés material, el hombre se espiritualiza y de este modo la lucha por la vida se torna menos brutal. Hasta los negocios del Estado ganarían con hombres acendrados en el crisol de los estudios clásicos. Las funciones públicas dispondrían, para su servicio, de un mayor número de hombres honrados y fruga-

les, ya que el desarrollo de la vida interior disminuye la importancia de la vida puramente material y externa en que hoy ponemos nuestra única mira. El empleado público no necesitaría ya de sueldos exagerados con que satisfacer las exterioridades que le exige una sociedad que desconoce las altas idealidades de la inteligencia. Ejemplos a profusión nos ofrece la vieja Europa; profesores célebres, gloriosos generales, grandes estadistas viven humildemente y no obstante se sienten rodeados de aureola y sienten ellos mismos la superioridad que les da el noble pensar: son humanistas. La grandeza la poseen oculta, está en ellos mismos y no en el mundo externo.

La educación clásica, en suma, en los casos en que no produce individualidades insignes, da por lo menos, ese amable tipo humano que los franceses denominan «*honnête homme*», poseedor de una cultura general del espíritu, hombre enamorado de las lenguas clásicas y de las literaturas antiguas, curioso y enterado de las artes y las ciencias de su tiempo, y apto para cualquier género de trabajos o disciplinas en que impere la inteligencia.

Agreguemos todavía, a mayor abundamiento, que entre la cultura utilitaria y la humanística no existe incompatibilidad alguna: la segunda es complemento de la primera. Aquellos pueblos en que la acción individual no está dirigida por una alta cultura, se hallan destinados a ser instrumentos de otros pueblos donde tal cultura existe. El utilitarismo conduce fatalmente al internacionalismo: el comercio, la alta banca no tienen patria.

La historia, por otra parte, nos enseña los resultados funestos a que se llega dondequiera que una elevada cultura no ha iluminado la inteligencia: las aberraciones de la superstición, la lucha feroz por el dinero, que llega a ser el único bien apetecido, la depravación edonística reemplazan a las nobles preocupaciones del espíritu que tienen la virtud de canalizar y purificar los fervores de la adolescencia.

Urge, pues, encarar el problema de la educación nacional desde este punto de vista fundamental, sin que ello quiera decir que a todo el mundo pueda darse esta cultura humana y trascendente que propiciamos.

En virtud de las anteriores consideraciones y convencidos de que el movimiento de renovación cívica emprendido por el Supremo Gobierno exige imperativamente, para que su eficacia no sea transitoria, que vaya acompañado de un intenso movimiento cultural, único que dará al país verdadero prestigio intelectual y moral, y solidez a sus instituciones, venimos en proponer a la consideración de los señores Ministro de Instrucción Pública y Superintendente de Educación Nacional las siguientes reformas educacionales que realizarían, siquiera en parte, las aspiraciones a que nos venimos refiriendo:

1. Crear en cinco o seis liceos, ubicados en las cinco o seis principales ciudades de la República, cursos destinados a proporcionar una seria cultura humanística, con enseñanza especial de filosofía, literatura, historia, lenguas vivas y muertas, historia objetiva del arte, sociología, religión ética, estética. Bajo una disciplina intelectual severa y con una preparación de siete u ocho años de estudios, educaríanse en esas aulas los jóvenes que aspiran a los estudios superiores y a las carreras liberales. Terminaría de este modo la plétora de bachilleres y profesionales que, sin capacidad ni conocimientos para campear en la vida, se refugian bajo el alero del empleo público, y de consuno, un nivel cultural superior vendría, como savia nueva, a remozar el viejo plantel de nuestra Universidad.

2. Crear una Escuela de Altos Estudios de la Facultad de Filosofía y Letras, en donde los jóvenes estudiosos puedan satisfacer sus anhelos de saber, completando y ahondando de manera noble y desinteresada los conocimientos adquiridos en los establecimientos humanísticos de segunda enseñanza. Escuelas de esta naturaleza existen en todos los países cultos de la tierra y la falta de ella ha sido hasta ahora uno de los grandes vacíos de nuestra educación pública.

3. Crear en el Instituto Pedagógico las Cátedras necesarias para la formación de un profesorado idóneo destinado a los liceos humanistas, y contratar con este mismo fin, y para ciertos ramos, profesores extranjeros.

(Firmados) Pedro Pablo Larraín G. M., E. Solar Correa, C.

Silva Vildósola, Emilio Tizzoni Luciano, G. Arrieta, Osvaldo Vicuña L., Carlos Vergara Bravo, Carlos Suárez Herreros, A. Donoso, Mariano Latorre, Dr. Luis E. Mourgues, Carlos R. Mondaca, E. Vaisse, M. Correa Pastene, Julio Pérez Canto, Samuel A. Lillo, Marta Brunet, Edo. Barrios, Ricardo Donoso, Raúl Silva Castro, Ramón Osa, Hernán Díaz Arrieta, R. A. Laval, Mario Mitjans, Hipólito Galante, Juan Gómez M., Francisco Servat, Alejandro Ríos Valdivia, R. Salinas, Rodolfo Oroz, Osvaldo Rojas Fraga, José del Carmen Gutiérrez, Carlos Klockmann, Santiago Holtheuer, Carlos Dankert, Roberto Donoso, A. Pérez.

Publicaciones mexicanas

EL joven poeta mexicano don Carlos Pellicer, que actualmente está en París, ha publicado un volumen poético titulado «Hora y 20».

Alguien ha contado la curiosa historia del viaje que ha llevado a este escritor a Francia. En una oportunidad, pocos meses antes de su muerte, Ingenieros conversaba con dos o tres amigos entre los cuales se encontraba Pellicer. El publicista argentino, que era en ese entonces huésped oficial de la república mexicana, le preguntó a Pellicer cuál era en ese instante su mayor anhelo. El poeta no tardó en responder: «Ir a París». «Vaya usted—le dijo Ingenieros;—yo tendré sumo placer en facilitarle el viaje». Pocos días más tarde, el poeta se embarcaba gracias a la generosidad de su amigo. Con este rasgo, tan delicado, tan lleno de significación para el alma de un artista, se despidió Ingenieros de su joven amigo, a quien ya no volvería a ver.

Y este libro, como es lógico, viene dedicado a Ingenieros, que realizó un sueño que Pellicer seguramente acariciaba como una quimera, más bella por ser, según creía, tan lejana.

Antes de que digamos algo de este libro, recordemos la figura de Carlos Pellicer, uno de los jóvenes poetas mexicanos de mayor porvenir. Lo conocimos cuando pasó por esta tierra, entre aplausos y gruñidos, la Embajada de Vasconcelos. Es un joven pálido, elegante, de facciones correctas, tal vez más europeas que aztecas, en las cuales el bigote sutil como una pincelada pone una sombra tenue encima del labio. Siempre correcto en el vestir, tiene una fisonomía abierta con la cual se corresponde un entusiasmo vivo y pronto. Ingenioso y culto, lo hemos

visto soportar con heroísmo discreto las exigencias de un protocolo ridículo y, lo que es más, la necedad ambiente. Porque cuando pasó Vasconcelos por Chile sucedieron cosas muy extrañas, que deben darnos rubor a todos los chilenos...

Pellicer nos dijo que era poeta, pero no nos trajo ninguno de los libros que entonces seguramente ya había publicado. Y en largas veladas, casi siempre nocturnas, que ocupábamos en errancias «a la belle étoile» o en visitas a amigos escritores y artistas, nos dió a conocer algunos de sus versos, en los cuales el acento mexicano ponía un dejo simpático, muy grato a nuestros oídos de chilenos.

Después se fué, una mañana luminosa, junto con todos los demás miembros de la Embajada, en todos los cuales las injurias y los denuestos, mal encubiertos, de una sociedad pigmea, apenas habían hecho mella. Y nada más hemos venido a saber de él, hasta ahora que recibimos este libro lleno de promesas y de palabras que danzan como movidas por un viento de mares y de horizontes libres, cuajados de pájaros en vuelo, pájaros con corazón de metal y motor de gasolina, se entiende.

Nada más moderno que este libro hermoso, admirablemente impreso por la Editorial París-América. En su portada nos sorprende un pequeño poema que es todo un sistema de filosofía:

Tengo la juventud, la vida
inmortal de la Vida.
Junta, amiga, tu copa de oro
a mi copa de plata. Venza y ría
la juventud, suba los tonos
a la dulzura de la dulce lira.

¿Nada más? Nada más. Nuestra época no escucha sino las voces breves como mandatos, que a veces son sólo un arrullo y otras apenas un quejido. Y tampoco hay en nuestra época la inquietante modernidad de que algunos hacen alarde. ¿Qué hay en esos versos que no lo hayan dicho ya a los hombres de todos los tiempos, Omar Kayan y Anacreonte? Pero si allí no hay novedad, no se puede decir lo mismo de los demás poe-

mas que componen este volumen. Hay entre ellos, en primer lugar no sólo por la ubicación, unas «Variaciones sobre un tema de viaje», dedicadas a Alfonso Reyes, que no podemos menos de mencionar con agrado. Son versos modernos, de toda modernidad, con imágenes que huyen fugaces, con evocaciones jugosas o fragantes, pero vivas y animadas siempre como el espíritu mismo del poeta. Citemos algunos de esos versos:

Noches con mares griegos en que el ruido
del hidroavión de plata de Odyseo
suscita huelgas en los altos nidos.
.....

Sobre la siesta tropical temblaba
mi adolescencia ante la dulce quinta
en que nubló Bolívar sus postreras mañanas.

Y maduré en el alma submarina
la perla viva que en sus iris llora
su más noble temblor de sangre herida.

Sangre augusta, la heroica
sangre del Héroe que disputan soles
brotados de palmeras a caobas.

Pero del sitio heroico al Sitio Santo
las palabras caminan silenciosas
con temblor de universos en las manos.

Nos encontramos sin duda ante la creación pura, ante esa poesía desligada de todo nexo lógico, de toda concreción objetiva, tal como la buscan hoy los poetas. Así *El recuerdo*, que tendríamos que copiar íntegramente; así algunos fragmentos hermosísimos, que cogemos aquí y allá, al azar de la lectura:

Mi corazón es tu alabanza,
palmera de mis días azules,
mujer fiel, como las playas
y los brazos eternos de las cruces.
.....

Media hora de sol pinta la aldea
sin gallos que es París.
.....

Esta fuente no es más que el varillaje
de la sombrilla
que hizo andrajos el viento.

Así mucho de los poemas que componen este libro que define a todo un poeta de los nuevos y de los buenos, que no siempre son los mismos, y nos afirma en la confianza que su trato familiar de unos cuantos días nos hizo concebir en Carlos Pellicer.

* * *

Las publicaciones oficiales son, por lo general, pesadísimas, faltas de gracia, de encanto y de interés. Su destino es el más sandio: no ser leídas y convertirse en estorbo de las bibliotecas, para caer después, a corto plazo, en un olvido absoluto. De las publicaciones oficiales chilenas podemos asegurar lo irremediable de tal destino. Ninguna de las impresiones que ordena hacer el Estado, salvo las obras de algunos escritores eminentes, sabe conquistar el aprecio del lector.

Hay una excepción a esta regla bastante sabida: las publicaciones oficiales mexicanas tienen cierto sabor especial, cierta atracción que seduce al lector. De mí sé decir que he leído, desde hace buen número de años, los boletines de la Universidad de México y de la Secretaría de Educación con excepcional agrado. Algo había en ellos capaz de vencer la resistencia que instintivamente opone el espíritu a este género de impresiones. Y para confirmarnos en la idea de que hay allí un resorte secreto que sólo manejan adecuadamente los mexicanos, he aquí que unos cuantos volúmenes de «Monografías bibliográficas», llegados desde México, nos sorprenden con su hermosa presentación y sus contenidos.

Uno de estos volúmenes se titula «Bibliografía de novelistas mexicanos» y se debe a la diligencia de don Juan B. Iguiniz.

Se ordenan en este libro noticias biográficas y bibliográficas bastante completas de los numerosos novelistas que han nacido en la república mexicana, desde antes de su independencia po-

lítica. Por esta enumeración venimos a comprobar la antigüedad que en México tiene la tradición literaria. Así José Joaquín Fernández Lizardi, más conocido por su seudónimo de *El pensador mexicano*, título de una revista que dirigió el escritor, publica en 1816 la primera novela mexicana y acaso la primera novela digna de tal nombre que se haya escrito en país americano: «El periquillo sarniento».

Una nota curiosa que hallamos en este libro es la referencia a una novela escrita por el primer Emperador de México, Agustín de Iturbide, trabajo de reconstrucción histórica cuyo valor literario seguramente es nulo, pero que tiene interés por ser obra de tan interesante personaje.

Pero no todo es lindo y digno de elogio en este libro. Un descuido, tan propio del trabajo bibliográfico, hace aparecer aquí al doctor español Gregorio Marañón como mexicano y como novelista. Su novela sería nada menos que su ensayo titulado «Biología de Don Juan», más apasionantes sin duda que las mejores novelas, pero que no tiene nada que ver con el género de Balzac y Dostoyevski.

Otra publicación bibliográfica ordenada por el gobierno mexicano es la «Bibliografía de sor Juana Inés de la Cruz», que escribió una investigadora norteamericana, Dorothy Schons y que fué traducida especialmente para esta edición.

La autora ha hecho un trabajo por demás inteligente y que revela singular esfuerzo y paciencia. No sólo conoce minuciosamente y describe con los tecnicismos de rigor las obras de la monja, desde sus ediciones originales hasta el día, sino que también persigue en libros viejos las referencias a la poetisa y junta así un número inmenso de noticias de primer orden.

No nos extraña, después de conocido este trabajo tan afortunado, la afirmación de don Genaro Estrada en la «Introducción» a este libro: «Como todavía la alta calidad de la obra literaria de Sor Juana Inés de la Cruz está esperando la edición crítica y definitiva—que deseamos ver realizada por mexicanos—no es ligero afirmar que el trabajo de la señorita Schons

es la mejor contribución con que puede contarse, hasta ahora, para llevar a cabo obra tan necesaria en las letras nacionales».

* * *

Otra publicación oficial mexicana que hace honor a todas las que se pudieran editar en el país es la revista «Forma», que se ha comenzado a publicar en Octubre del año último, bajo el patrocinio de la Secretaría de Educación y de la Universidad Nacional de México y dirigida por Gabriel Fernández Ledesma.

En su primer número, esta publicación incluyó un editorial suscrito por don J. M. Puig Casauranc, Ministro de Educación de México, que sirve para informar sobre los propósitos perseguidos por la revista. En este editorial se nos informa de un hecho lleno de significado y, desgraciadamente, muy singular y acaso reducido sólo al país en que ha sucedido. Es el caso que Fernández Ledesma tenía la intención de publicar una revista de arte y no hallaba manera de llevar a la práctica este anhelo, hasta que la Secretaría de Educación le proporcionó los medios necesarios para realizar su idea.

Los dos números de «Forma» que han llegado a nuestras manos nos convencen de muchas cosas importantes. Es una de ellas la existencia de la pintura en México, arte que cuenta con unos cuantos nombres—Montenegro, Ribera, Orozco—de fama ya continental. Otra es el peso de la tradición autóctona, fácilmente reconocible en multitud de aspectos del arte plástico mexicano, en trabajos decorativos, en la arquitectura, etc. Otra, en fin, la sana tendencia que actualmente inspira la mayoría de las actividades artísticas de México en la orientación marcada por el arte autóctono.

Y es evidente que el arte de los aborígenes mexicanos tiene un contenido respetable y una forma o estilo que con razón figuran entre los más originales e interesantes de los que ha conocido la humanidad. La magnífica revista «Forma» nos muestra algunos de los trabajos de escultura indígena que se en-

cuentran en el Museo Nacional de México. Se trata de unos cuantos trabajos mayas y aztecas, en piedra, que representan figuras de animales, estilizadas en actitudes grotescas que perpetúan una impresión de perfecto humorismo. El pueblo que supo hacer esos trabajos, acaso siglos antes de la llegada de los conquistadores españoles, merece continuar influyendo en la obra de los artistas de hoy y ha conquistado en buena forma el derecho a la admiración de estos.

Pero no menos interesantes y sugestivas que las obras de antaño son las nuevas que nos señala «Forma» en sus dos números que tenemos a la vista. Un grupo de artistas: Orozco, Montenegro, Máximo Pacheco, David Alfaro Siqueiros, Guillermo Ruiz, Díaz de León, Juan Hernández, etc., dan fe de la existencia de una generación briosa, personal, inteligente, a la cual esperan muchas hermosas jornadas de triunfos artísticos. Fuera de esto, la revista nos ofrece muestras de artes decorativas, del progreso de la enseñanza de la pintura a los niños de las escuelas y muchos otros aspectos que interesan a las artes plásticas, preocupación central de «Forma».

No sólo hemos conocido, pues, una revista más, sino una revista digna de encomio por la labor que comienza a realizar con tanto empuje, con tan puro afán de arte.

RAÚL SILVA CASTRO.

ECOS DE PARÍS

NADA de particular ha tenido la celebración del centenario del Romanticismo, reducida a ceremonias privadas y de escasa resonancia. Fuera de los artículos circunstanciales, que han visto la luz en los periódicos de todas las tendencias, nada sobresaliente ha venido a conmemorar esta solemnidad literaria.

Posiblemente el romanticismo es un hecho literario por el cual se experimente hoy un íntimo disgusto. Tal vez sus figuras culminantes están ya estudiadas en demasía. El hecho es que no se ha publicado en estos días ninguna de esas obras generales que tanto abundan en la literatura crítica francesa, destinadas a resucitar con relieve propio, con vida efectiva, las figuras de una época.

Ni se anuncian tampoco libros de esta clase, que pueden ser de gran éxito si lo suscriben personas que como el profesor Mornet manejan con tanta certeza los datos históricos y las referencias eruditas en un estilo lleno de encanto.

Pero si no ha sido celebrado el centenario del Romanticismo, cosa por lo demás vaga y que nadie sabe precisamente en que consiste, en cambio día por día aumenta el número de libros que tratan temas de historia literaria, de crítica o de biografía. Uno de los últimos sucesos literarios que ha dado origen a polémicas es un libro biográfico de Marius André, titulado «La verídique aventure de Christophe Colomb». Otro aplaudido trabajo es el de M. Henri Massis, «Defense de l'Occident». Se espera en fin, con impaciencia la próxima publicación del libro sobre Disraeli que ha escrito André Maurois, profundo conocedor de cosas inglesas.

La literatura de nuestros días tiene como atractivos fundamentales las obras en que interviene más la inteligencia que la capacidad creadora, la investigación, que el bello estilo. ¿Será por eso que el centenario del romanticismo ha pasado poco menos que inadvertido?

* * *

Pero si las figuras del romanticismo no han dado motivos a trabajos de consideración, M. de Balzac sigue siendo un tópico de investigaciones y de críticas dignas de mención. Bien deslindada ya su obra, lo que más interesa a sus comentadores de hoy es su vida, y dentro de ésta, particularmente sus luchas económicas, sus oscuros comienzos literarios y sociales, y sus amores. En los últimos meses son varios los libros suscitados por la gigantesca figura de Balzac.

No hablaremos de ellos por el momento, sino de una iniciativa generosa que ha sido expuesta por un admirador del maestro. Luis Latourrette, en efecto, ha sostenido en un artículo brillante y conmovedor la necesidad de que los restos de Balzac pasen a ocupar en el Panteón nacional el lugar que les corresponde junto a los de tantos otros gloriosos cultivadores del arte y las letras francesas.

Actualmente la tumba de Balzac se halla en el Père Lachaise, en sitio humilde, desprovisto de toda solemnidad especial, y se encuentra en un estado de abandono incompatible ciertamente con el aprecio que el público francés siente por su novelista preferido.

Recuerda M. Latourrette que hace algunos años un diputado propuso a la Cámara el traslado de los restos de Balzac al Panteón. Este proyecto de ley no llegó a ser consagrado y, por lo tanto, todo quedó en intención. M. Latourrette propone que los ex Ministros de Instrucción Pública de Francia formulen nuevamente un proyecto de «panteonización» de Balzac, seguro de que encontrará favorable acogida en el Congreso.

* * *

En la interesante revista marsellesa *Cahiers du Sud* se ha iniciado hace poco una encuesta planteada en la siguiente forma: «¿Piensa usted que las literaturas que le son familiares sean exacta y suficientemente conocidas, en su espíritu y en su forma, por sus traducciones en lengua francesa? Si no, ¿cuáles son, a su juicio, las obras o los autores, antiguos o modernos, que ignoramos que han sido insuficientemente o malamente traducidos?»

Las contestaciones a esta encuesta no se han hecho esperar. Entre los que han respondido citemos a Valéry, André Gide, Valery Larbaud, Jean Cassou, Benjamín Crémieux, Franz Hellens, Andre Levinson, Theo Varlet, etc., etc.

Entre las diversas tendencias que se acusan en estas contestaciones, citemos la que insinúa el crítico Crémieux con excepcional hondura: «Hay—escribe—en cada literatura obras de igual importancia, de igual valor, de las cuales unas son obras de exportación y otras exclusivamente nacionales. Ninguna literatura puede ser considerada como enteramente comunicable fuera de su país de origen. Lo esencial es, pues, no traducirlo todo ni traducir mucho, sino traducir, de cada país, las obras asimilables y fertilizantes».

Más concretamente, M. Bazalguette ha pedido que se traduzcan el teatro clásico español, las grandes novelas inglesas y rusas, los románticos alemanes, etc., a fin de que su adquisición sea en Francia tan fácil como lo es la de los propios autores clásicos.

Jean Cassou, por su parte, señala con agudeza la dificultad en que se halla el ciudadano de un país para comprender la obra literaria y artística de otro, y atribuye a esta dificultad los frecuentes errores que se observan en la apreciación de los fenómenos literarios extranjeros.

Es de esperar que esta encuesta sirva para atraer la atención de los traductores franceses a muchas obras que aguardan desde hace muchos años el turno de una traducción que no llega.

ESPECTADOR.

NOTICIARIO

“**L**A Gaceta Literaria» de Madrid ha iniciado la celebración de comidas periódicas, a plazo indeterminado, con la concurrencia de escritores y artistas. No tendrán más objeto que la simple reunión de los aficionados a las letras, comprendidos entre ellos hasta los mismos lectores.

—El 16 de Abril murió en París el conocido folletinista y periodista Gastón Leroux, autor de diversas novelas que obtuvieron gran éxito de público y fueron traducidas rápidamente a varios idiomas. Leroux era hombre de buen humor, que tenía conciencia de la pobreza en gloria del género que había abrazado. Jamás se envaneció de su éxito, y por lo general demostraba más interés por sus labores periodísticas que por sus novelas.

—Se anuncia el descubrimiento de un gran número de cartas dirigidas por cierto capitán inglés Bowry a Daniel de Foe, autor del *Robinson Crusoe*. Se afirma que en estas cartas hay algunas que dan detalles al escritor sobre la vida en territorios que él no conoció jamás—la isla chilena de Juan Fernández, por ejemplo, donde situó, al parecer, la acción del *Robinson*,—y ese sería el origen de su obra famosísima.

—Ricardo Rojas, en reciente entrevista a un joven escritor, ha declarado: «Tengo muchos trabajos en preparación, algunos de los cuales he dado por terminados. Pero me resisto a publicar. Corrijo, reviso, busco las formas de expresión definitivas. Terminado tengo un volumen de «Recuerdos de Infancia» y alguna producción teatral».

—En Florencia se ha comenzado la construcción de una nueva Biblioteca Nacional, en vista de ser insuficiente para el movimiento de lectores la antigua. Para esta obra el gobierno de Mussolini ha contribuido con un millón de liras.

—Con motivo del centenario del romanticismo, «Les Nouvelles Littéraires» publicó un número especial, dedicado a Víctor Hugo. Los nombres de la Condesa de Noailles, Maurice Martin du Gard, Federico Lefèvre, Joseph Delteil, Paul Souday, Fernand Gregh, Louis Guimbaud, Albert Thibaudet, A. Aulard, Ed. Benoit-Levy, Gaston Picard, Raymond Escholier, etc., han figurado en este homenaje al mayor poeta francés de todos los tiempos.

—Don Tomás Navarro Tomás, ilustre filólogo español, se halla en viaje por los Estados Unidos. En la Universidad de Leland Stanford Junior el señor Navarro debe dar un curso de fonética española, otro de historia de la poesía lírica de su patria y una serie de seis conferencias de propaganda titulada «La España de hoy».

—Otro viajero español es Américo Castro, que en rápida jira por Francia, Bélgica y Gran Bretaña ha divulgado el conocimiento de los clásicos españoles, especializándose en Lope de Vega y Cervantes, en medio de importantes núcleos estudiantiles de los tres países mencionados.

—El *Instituto Giovanni Treccani*, dirigido por el prestigioso Gentile, ha anunciado la empresa de la confección de una Enciclopedia italiana. Es esta una obra que hace falta para el mayor conocimiento de las cosas italianas, especialmente fuera de Italia. Se ha dicho que la Enciclopedia, en la cual colaborarán los más reputados profesores y escritores contemporáneos, constará de 34 volúmenes, de unas mil páginas de texto cada uno. Esta obra estaría terminada en 1934.

—El poeta Paul Claudel, Embajador de Francia en los Estados Unidos, ha vuelto a su país después de presentar ante la Casa Blanca sus credenciales de estilo, a fin de ocuparse en la edición de diversos libros que guarda inéditos. Uno de ellos comprenderá una obra teatral, «Le Soulier de Satin», otro recopilará estudios dispersos del poeta y se titulará «Positions et propositions», otro, en fin, comprenderá páginas que le han sido sugeridas al autor durante su estada en el Japón, como Ministro de su país.

—Se ha publicado en Berlín una traducción alemana de Marcel Proust. Walter Benjamin y Franz Hessel son los autores de una cuidadosa versión de «A la sombra de las muchachas en flor» a la lengua de Goethe. La crítica atribuye gran importancia a esta traducción, que sería la primera fiel e integral del texto proustiano.

—Se ha discutido si en la novela rusa existe verdaderamente el humor, aun cuando es evidente que la sola lectura de muchos cuentos de Chejof, de Averchenko y otras páginas de Sologub, de Bunin, etc., puede quitar toda duda al respecto. Como una respuesta definitiva a esta cuestión, Maurice Dekobra y Don Aminado acaban de publicar un hermoso volumen, «Le rire dans la steppe»; antología del humor literario ruso.

—En un número reciente de la «Nouvelle Revue Française» se han publicado unas cuarenta páginas inéditas de Proust. Su título es «Opinions et plaisirs de M. de Charlus pendant la guerre», fiel reflejo de un contenido del más vivo interés para el buen lector de Proust.

OMEGA.

EX - LIBRIS

LOS JÓVENES VISITANTES, por *Daisy Ashford*, traducido por *María Monvel*. Nascimento, Santiago.

Es éste un libro delicioso. Nos cuenta una historia singular, llena de interés porque en ella, a diferencia de las novelas y tal como en la vida, no ocurre nada. Y está escrito todo de corrido, sin puntuación, con el balbuceo presuroso de un niño.

Se dice que Daisy Ashford escribió este libro cuando tenía nueve años de edad, al azar de los hechos que iba observando y a escondidas de las personas mayores. Daisy Ashford es hoy mujer de más de cuarenta años y, en su madurez, ha publicado hasta treinta volúmenes de novelas. Son novelas de las otras, en que ocurren cosas y en que se miran los hechos desde el *coin* literario.

Por eso ninguna de sus obras le ha granjeado la popularidad que ésta escrita a tan corta edad, a espaldas de la gramática y de los preceptos.

María Monvel ha hecho una obra meritísima al traducir, con entusiasmo y pulcritud, esta obra encantadora. Y sea cierto o no que su autora la trazó a los nueve años, la verdad es que nadie podrá tomar en sus manos este breve relato sin leerlo desde la primera hasta la última línea. Y sin dar gracias a la autora de la obra, cualquiera sea su edad efectiva, por los tesoros que hay en ella!

DESARRAIGADOS, por *Augusto Millán*. Santiago.

El señor Millán es un antiguo periodista que hace sus primeras armas como escritor con esta novela, escrita hace ya siete años y guardada por su autor en espera de revisiones que la dejaran en estado de publicación. No es paradoja afirmar que un periodista haga sus primeras armas como escritor al cabo de muchos años de periodismo. Nada más lejos de la literatura, considerada como arte, que el periodismo, género apresurado, sin grandeza, sin estudio, sin ideal de perfección.

Por eso podemos hacer el más cumplido elogio de la obra del señor Millán diciendo que nada o casi nada revela en ella al periodista, por lo demás muy talentoso y digno, que la ha escrito. «Desarraigados» es una novela que atrae poderosamente al lector, que lo lleva sin esfuerzo hacia un desenlace bastante novelesco, a través de un desarrollo bien graduado, en el cual se mezclan armónicamente las escenas de pasión con las de la vida social, y las conversaciones de alcance sociológico de algunos personajes, con descripciones animadísimas de la vida campesina o de la multitudinaria existencia de Santiago.

«Desarraigados» es novela de las que bastan para asentar de golpe el nombre de un escritor.

POESÍAS Y PROSAS COMPLETAS DE CARLOS PEZOA VELIS, recopilación y estudio de *Armando Donoso*. Nascimento, Santiago.

El estudio que precede esta obra ya lo conocen los lectores de **ATENEA**: fué publicado en esta revista en el primer número del año en curso.

Es éste un libro que hacía falta en nuestra literatura. Pezoa Velis es un poeta de alto prestigio, a quien reconocen como suyo las clases más humildes, porque creen verse retratadas en sus versos, y a quien no desdeñan los escritores cultos y los críticos. Pero desde hace buen número de años las recopila-

ciones de las obras de Pezoa estaban agotadas, fuera de que nunca presentaron en su totalidad el trabajo del poeta.

El señor Donoso ha acumulado pacientemente, tras pesquisas y trajines que no son de despreciar, la integridad de las obras de Pezoa y de ella ofrece al lector un volumen apretado, de denso contenido, con más de trescientas páginas de texto. Se agrupan allí las poesías de Pezoa, tanto las conocidas como algunas que habían quedado olvidadas en viejas revistas, y unos cuantos trabajos en prosa, de mediocre valor literario.

Es una buena obra la que ha realizado el crítico y el investigador, con la diligencia y el entusiasmo que pone en cada uno de sus trabajos.

SOLEDADES DE GÓNGORA, editadas por *Dámaso Alonso*. Publ. de la *Revista de Occidente*, Madrid, 1927.

El tercer centenario de la muerte de don Luis de Góngora ha dado origen a la publicación de las obras completas del poeta cordobés. El primer tomo de esta colección se ha publicado ya y contiene las «Soledades».

Dámaso Alonso, joven erudito español, ha trabajado con cariño y conciencia, a la vez que con sentido poético, en la edición de las obras más discutidas de Góngora. Su trabajo es digno de elogio por la discreción que le ha presidido y por la sana crítica que en él se revela. Dámaso Alonso acepta que las «Soledades» son de difícil lectura. «Pero una cosa—dice—es la dificultad o la incomprensibilidad o la carencia de sentido».

Y todo su trabajo está enderezado a probarnos que, a pesar de todo, en las «Soledades» hay un sentido, que Menéndez y Pelayo no encontró, por lo cual esos poemas son comprensibles.

El señor Alonso triunfa plenamente en su esfuerzo, pero eso no quita que las «Soledades» sean poemas que no agregan nada a la labor del poeta cordobés.

EL ARTE DE LOS GRIEGOS, por *Arnold von Salis*. Publ. de la *Revista de Occidente*, Madrid.

Una nota preliminar nos informa sobre la persona del autor de este trabajo, que comprende trescientas páginas de gran tamaño y muestra, en más de sesenta fotografías, las diversas etapas del arte griego. Arnold von Salis es un joven investigador—nació en 1881—que ha hecho diversos viajes por Oriente y se ha dedicado a estudiar con especial hondura el arte griego.

Su libro es una obra de primer orden, todo lo más completa que se puede pedir sobre esta materia que cada día llama la atención de nuevos expositores y comentadores. El autor, con método y gradación precisos y con una claridad meridiana que traspasa hasta el estilo, expone el desenvolvimiento del arte griego en las principales etapas de su recorrido histórico.

«El arte de los griegos» es una obra que interesa no sólo al estudioso de las artes plásticas sino a cuantos admiren el poderoso genio griego, que creó formas de arte original que han atravesado los siglos sin mengua de su contenido espiritual.

GLOSARIO DE REVISTAS

¿Resucita la astrología?

A los numerosos lectores de *Les Annales* debemos darles una buena noticia: la revista se ha remozado, a partir desde el mes de Abril último. Ofrece, en cada número, mayor número de páginas, nuevas firmas de avanzada literaria, atracciones diversas dirigidas a todo género de público.

En un número de la nueva era de *Les Annales* hemos leído un artículo de Charle Nordmann, el vulgarizador de Einstein, sobre el tema que envuelve el título de estas líneas. Es un artículo singular, que no vacilamos en ofrecer, en extracto, a los lectores de *Atenea*.

Comienza el profesor Nordmann por referirse a la definición que da Littré, en su *Diccionario*, de la astrología, origen del descrédito en que esta disciplina ha caído en los últimos siglos. «Los astrónomos—dice en seguida Nordmann—deben reverenciar la astrología porque, sin ella, no habría astronomía. La astrología nació

porque los hombres de antaño querían prever el porvenir, y por ella se pusieron a observar las posiciones de los astros». Luego el físico observa que un gran sabio como Keplero hacía horóscopos, lo que hace pensar que detrás de algo que comúnmente se considera trivial y sin sentido alguno, acaso se esconde una disciplina digna de atención.

«La definición de la astrología por Littré—dice Nordmann a continuación—es bastante estrecha y limitada. En realidad, el fondo de la astrología es el estudio de las acciones de los astros sobre los hombres considerado, es cierto, desde el punto de vista de la predicción, pero también en sí mismo. Pero la idea madre de la astrología, la idea esencial que la ha guiado siempre, es que fuera de la del sol, cuya acción sobre nuestra vida es manifiesta y fuera de discusión, existen influencias causadas sobre cada uno de nosotros, según sus posiciones, por los otros astros y, especialmente, por los planetas y las

estrellas. ¡Y bien! Vamos a ver cómo, por lo menos en lo que toca a las estrellas, esta idea, que se había creído desde tanto tiempo absurda, ha venido a revelarse perfectamente exacta y tal vez más, acaso (bien que de otra manera), que lo que suponían los astrólogos. He aquí cómo. Se sabe, desde hace algunos años, que cuando un gas es atravesado por rayos penetrantes como los del radio o los rayos X, sus átomos son dislocados. Estos átomos—todos los átomos—están, se sabe ahora—constituídos un poco como sistemas solares en miniatura, con un pequeño sol central que se llama *núcleo*, alrededor del cual giran planetas minúsculos que se llaman *electrones*. Este núcleo está cargado de electricidad positiva y los electrones, de electricidad negativa. Es la atracción recíproca de estas dos electricidades las que, como hace la gravitación en el sistema solar, mantiene la estabilidad del átomo. Cuando se introduce un rayo X o análogo, produce en el átomo el efecto que produciría en el sistema solar un astro extraño y gigantesco, que lo atravesara de repente: lo disloca, lo «ioniza», como se dice; arranca al sol, al núcleo atómico, una parte de sus planetas y los envía, si así pudiera decirse, a pasearse más lejos. En menos palabras: el átomo eléctricamente neutro y unido ha

llegado a ser, ahora, una serie de pequeñas partículas separadas e independientes: unas son electrones libres cargados de electricidad negativa, la otra es lo que queda del átomo que lleva un exceso de electricidad positiva. Si se sumerge ahora en el aire así «ionizado», con los átomos dislocados por los rayos X, un objeto cargado de electricidad, éste se descargará más rápidamente que en otras circunstancias, porque si está cargado de electricidad positiva, los electrones libres del aire se precipitarán sobre él (porque las electricidades de nombre contrario se atraen) para anular poco a poco su carga. Si está, por lo contrario, cargado de electricidad negativa, es la otra parte de los átomos dislocados, que está cargada positivamente, la que se precipitará hacia él y vendrá a anular su carga».

¿Cómo se llega por este camino extraviado a la astrología? Ya lo veremos, con M. Nordmann. Dice nuestro físico que experiencias recientes han demostrado que la poca conductibilidad del aire atmosférico para la electricidad aumenta a medida que se aleja de la tierra. Los rayos X que la producen vienen de lo alto, es decir, de los astros, y son tan fuertes en el día como en la noche. Ahora bien, estos rayos X, como lo sabe todo el mundo, tienen una penetración es-

pecial a la cual escapan sólo ciertos materiales en proporciones dadas. Los que se producen artificialmente en laboratorios y clínicas son, es claro, menos poderosos que los de origen celeste. De tal modo, para defenderse de estos últimos, un hombre debería protegerse con una capa de plomo de un metro y ochenta centímetros de espesor o de una cantidad de agua que tenga veintidós metros de ancho o, en fin, bajo nueve metros de tierra.

Es innegable el influjo físico y biológico que pueden tener estos rayos X sobre la vida de cada uno de los hombres. Tal es el nuevo punto de vista sobre la legendaria astrología. El sabio Nordmann termina su artículo con las siguientes palabras:

«No se debe decir nunca a la verdad: «¡No pasarás de aquí!» La astrología, despojada de las prácticas pueriles, barrocas y absurdas del pasado, pero volviendo con mayor vivacidad que nunca a su idea directriz de las influencias astrales, va a renacer y renovarse sobre bases positivas. Y, con ella, volveremos a buscar y encontrar en las constelaciones y las estrellas inaccesibles los hilos misteriosos que rigen nuestro destino».

¿Fantasía o verdad? Nadie lo sabe; el tiempo lo dirá.—S.

Despedida de Alfonso Reyes

En nuestro número anterior nuestro colaborador Omega informó a los lectores de **ATENEA** sobre la designación del escritor mexicano Alfonso Reyes como Ministro de su patria en Buenos Aires. El señor Reyes servía igual cargo en París, y sus amigos y colegas de letras, tanto franceses como americanos, le ofrecieron un importantísimo banquete de despedida, del cual nos traen noticias los periódicos literarios recientes. En *La Revue Latine* correspondiente al mes de Abril último, leemos los detalles de esta fiesta espiritual.

A la manifestación concurren los colegas del señor Reyes en la diplomacia acreditada ante el Gobierno francés, y escritores de diversas nacionalidades, entre los cuales conviene citar a Angélica Palma, Alcides Arguedas, Jean Prévost, Corpus Barga, Marcelle Auclair, Gonzalo Zaldumbide, etc. El discurso de ofrecimiento fué pronunciado por Gabriela Mistral. Nuestra poetisa dijo lo siguiente:

«Se va Alfonso Reyes y lo despedimos, franceses, peruanos o chilenos, como criatura propia, con cuya honra se nos añade alegría y con cuya pena se nos ofende o se nos roba. El ha hecho su trabajo callado y seguro de ganarnos la esti-

mación y el cariño por iguales partes como los costados de un mismo fruto».

Más adelante expresó: «Alfonso Reyes se ha llamado en un libro suyo «el cazador», y se nombró bien lo mismo como artista que como hombre. Que oreja labrada para oír lo delgado y lo rudo trajo él, y ha usado en este mundo. Los clarines, a veces tan agudos que punzan el cielo, de su revolución mexicana no le han asustado el alma civil ni le han ensordecido tampoco para gozar después el sonido esbelto y ondulante de su Góngora español. Y del cazador el ojo brillante de atención, que se aprende el paisaje extraño como un nombre y que se voltea a cada salto de la luz. Y la paciencia del cazador y el ser contenido y palpitante a la vez delante del suceso, y el recoger la presa sin grito, como cosa que le estaba destinada desde antes del tiempo. Virtudes de cazador, virtudes de raza vieja, azteca o española, que trae sus sentidos sagaces desde muy lejos».

En su respuesta, Alfonso Reyes hizo el elogio de quienes lo habían precedido en el uso de la palabra, y luego dijo: «La amistad, que tiene un ala hecha de amor y la otra de inteligencia, me ha acompañado fielmente. Participa de mis gozos y llega a donde la lla-

mo; endulza mi camino, y en las horas sombrías (pues en el ejercicio de mi profesión, por más que se piense lo contrario, no se vive «sobre un lecho de rosas», para emplear las palabras del último de los Emperadores Aztecas) la amistad, la vuestra, rica en consolaciones, me las ha prodigado todas, con esta largueza delicada y encantadora a la vez de los grandes señores de vuestra Francia, que, cuando nos dan algo, quieren todavía decirse nuestros agradecidos».

A continuación, Alfonso Reyes definió con palabras justísimas la evolución de su país y la actitud de las nuevas generaciones mexicanas ante ella. Luego dijo:

«¡Grandeza y servidumbre de la «carrera!» Todo es provisional para nosotros: toda morada a la cual uno se acostumbra, toda la compañía que se ama, son alegrías prestadas. Lo que puede llegar a ser para algunos una escuela de frivolidad es, para otros una disciplina casi mística, un doctorado en artes de la Melancolía y de la Nostalgia. Es dulce, sin embargo, decirse que se posee para siempre lo que se ha tenido una vez y que es, tal vez, la gran estética del recuerdo que da a nuestros instantes efímeros su estabilidad y su majestad de monumentos. Partir, no es, pues, morir un

poco, sino alargar la vida, abrir el corazón, enriquecer el tesoro interior. Todo queda en su sitio: nada se pierde. Ustedes me pertenecen con el mismo título con que yo les pertenezco. Ustedes no me olvidarán,

estoy seguro de ello: ustedes son naturalezas exquisitas que responden generosamente a la menor excitación del recuerdo. La hierba no crecerá sobre los senderos de nuestra amistad.—S.





BR